



ALAR BENET

MUERTE EN EL CARIBE





SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION

F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.ª edición.)
- » 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
 - » 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (3.ª ed.)
 - » 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
 - » 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
 - » 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz. (2.ª ed.)
 - » 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter. (2.ª ed.)
 - » 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
 - » 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
 - » 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
 - » 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
 - » 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(3.ª edición.)
 - » 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.ª edición.)
 - » 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet. (2.ª edición.)

Núm. 15.— EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.ª edición.)

- » 16.—TANGER, por Alf Manz. (2.ª edición.)
- » 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
- » 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny (2.ª ed.)
- » 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
- » 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz. (2.ª edición.)
- » 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
- » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
- » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
- » 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
- » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
- » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
- » 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
- » 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
- » 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
- » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
- » 32.—NUEVA YORK SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.

En preparación:

SECUESTRO

"Así como la reja del arado hiere la tierra buscando en sus entrañas el fruto de la espiga, así el amor penetra en los corazones, con desgarró de egoísmos y vanidades, para dejar el alma abierta a la generosidad y al perdón, a lá espiga de un hijo, carne y sangre del humano amor."

ALAR BENET.

I



OS relámpagos iluminaban fantásticamente el paisaje de la zona montañosa que comprende de Rockampton a Brisbane, al norte de los llamados Alpes Australianos. El cielo parecía que iba a desgajarse, a juzgar por los estampidos horrísonos de los truenos. Del Océano Pacífico, un viento huracanado azotaba las cumbres de las grandes moles de granito, produciendo en sus oquedades y gargantas un sonido gigantesco, que el eco retransmitía a muchas millas. La lluvia azotaba las piedras, y en la espantosa noche, indiferentes a la fuerza de los desencadenados elementos, dos hombres, jinetes sobre otros tantos caballos, caminaban por un estrecho desfiladero, en donde corría el agua formando un pequeño riachuelo.

Uno de los viajeros juró en inglés, mientras acariciaba la cabeza del noble bruto, que mostraba inquietud. Gritó a su compañero:

—Hemos de pararnos, Riley. Nos despeñaremos por alguna cortadura.

El interpelado le miró unos segundos, para responderle fríamente:

—Todo es preferible a pasarnos la vida encerrados en la cárcel de Sídney. No olvides que ellos conocen el terreno mejor que nosotros.

Reanudaron la marcha. En ocasiones, los relámpagos, de tan frecuentes, alumbraban el paisaje como si fuese de día. Las serpientes de fuego cruzaban sobre sus cabezas, estremeciendo a hombres y animales. Un rayo cayó a unos diez metros, derribando gruesas rocas. Paul Riley apenas si pudo contener su corcel, que se alzó de patas delanteras, amenazando derribarle. Volvió la cabeza. El que le acompañaba yacía en el suelo conmocionado.

Se apeó de un salto, acercándose al caído. Comprobó que se había fracturado el cráneo contra un peñasco. ¡Estaba muerto!

Montó de nuevo. Necesitaba llegar pronto a la costa. De no ser así correría la misma suerte que el que dejaba atrás.

Cabalgó durante más de media hora, sintiendo que su cuerpo se estremecía a cada descarga eléctrica. El olor a azufre era constante.

Frente a una estrecha senda, bordeada por un precipicio, se detuvo. Resultaba suicida intentar cruzarla. Buscó con los ojos algún sitio donde resguardarse, y lo halló en forma de una gruta de alto techo, donde penetraron hombre y caballo. Dentro repercutían los ruidos en interminable cadena.

Sujetó al noble bruto por las riendas con una roca, y, sacando una gruesa cachimba, apelmazó en ella el tabaco, encendiéndola con un mechero de los llamados «contra el aire». Aspiró voluptuoso el humo, hundiéndose en sus pensamientos, con una ausencia total de lo que le rodeaba.

La expedición, aunque coronada por el éxito en su objetivo, había resultado un fracaso. Cuatro hombres muertos era un porcentaje aterrador. Y él, ¿acaso saldría vivo de aquel infierno?

Su rostro, iluminado a pequeños intervalos por los relámpagos, revelaba una dureza sin límites. Cara al peligro, Paul Riley se tornaba de hierro, insensible al temor y a la fatiga. Sus ojos negros brillaban con ira mal contenida, y su mentón cuadrado, símbolo de su remota ascendencia germana, estaba contraído. No podía decirse

que sus facciones fuesen perfectas, pero había en ellas un gesto distinguido, altanero, que, en ocasiones, se tomaba feroz.

Rezongó malhumorado unas palabras. Aunque la lluvia cesaba, el aspecto del cielo continuaba siendo el mismo. ¿Cuántas millas le quedaban hasta llegar a la bahía Hervey? Hallábase totalmente desorientado.

Su disgusto aumentó recordando el lujoso departamento que ocupaba en el Waldorf Astoria y, sobre todo, la figura gentil de Stella Walden, que le rodeaba siempre de mimos y cuidados. Nunca debió aceptar el «negocio» de Australia. Ella se lo advirtió, pero... ¡pagaban tan bien!

Sus meditaciones viéronse interrumpidas por una exhalación que se estrelló en la misma boca de la gruta que le protegía. Ensondecido por el trueno, se llevó la mano a los ojos, en una defensa instintiva. Cuando los abrió, no pudo contener un estremecimiento. ¡Estaba ciego! Sólo veía sombras a su alrededor.

Alzó la mirada y un resplandor lejano le indicó que, al cesar bruscamente los relámpagos, creyó haber perdido la vista. Una sensación de alivio se expandió por todo su ser.

La tormenta se alejaba. Pronto podría reanudar el camino. Miró a su caballo, que coceaba a su espalda, y le acarició hasta calmarle. Esperaría al amanecer. Sólo faltaba una hora.

Apenas había formulado tal decisión, cuando oyó, muy a lo lejos, el eco producido por un ladrar de perros. ¡La Policía australiana! Se olvidó demasiado pronto de ella.

A pie, llevando de las riendas a su corcel, comenzó a cruzar el estrecho sendero hasta alcanzar, descendiendo, un amplio valle. Montó, picando espuelas. El animal, a ciegas, guiándose por el instinto, llevaba el jinete hacia la salvación.

Paul Riley sabía que, de ser capturado, le aguardaba, tal vez, la horca o, a lo menos, la prisión perpetua. Fechas antes viéronse obligados a dar muerte a varios centinelas que obstaculizaban sus propósitos.

Amanecía cuando ante él se presentó, de pronto, el agitado Océano Pacífico. Examinó un plano. Estaba a media milla al norte de la bahía Hervey. Pero... en aquel mar era imposible que amarasen un hidroavión.

Apremió al caballo, y una hora después, se hallaba en el lugar

deseado. Miró las olas gigantescas. El aparato no aparecía por parte alguna. Detrás de él, quién sabe si a punto de aparecer, la Policía australiana, guiada por perros de fino olfato. Escondióse detrás de una roca, a unos cien metros de la playa, y montó la pistola, una imponente «*Parabellum*», que jamás le abandonaba y de cuyos proyectiles tenían varias muestras en el Laboratorio de Balística del Federal Bureau of Investigation, todos ellos encontrados dentro de algún cuerpo sin vida.

A su derecha, todavía algo lejos, vio aparecer cuatro agentes. Delante corrían tres perros llenando el aire de ladridos gozosos. ¡Presentían ya su presa segura!

Paul Riley lamentó tener que matar a aquellos hombres. No le quedaba otro camino, si quería salvarse. El ruido de un motor le hizo mirar a lo alto. Un gran aparato descendía, lentamente. Dentro de unos segundos iba a pasar sobre él en vuelo rasante.

Decidido, aun sabiendo a lo que se exponía, se subió a la roca, agitando los brazos. El silbido de una bala, muy próxima a su cabeza, le hizo tirarse bruscamente al suelo. Los policías iban provistos de rifles de largo alcance.

Observó al hidroavión, que tomaba una curva pronunciadísima para internarse en el mar. Luego, Riley vigiló a sus atacantes. Lo hizo a tiempo. Dos enormes mastines estaban a corta distancia. Doliéndole privar de la vida a los animales, más nobles a veces que los hombres, disparó, destrozándoles la cabeza. El tercer perro saltó contra él, muriendo instantáneamente en el aire, antes de tocar tierra. La puntería del hombre era extraordinaria.

Se acercaba de nuevo el hidroavión. Esta vez entre los flotadores colgaba una larga escala de cuerda. Paul comprendió la maniobra. Ante la imposibilidad de amarar en el agitado Océano, le ofrecían el único camino de salvación.

El aparato disminuyó en lo posible la velocidad, descendiendo. La escala pasó alta sobre, la cabeza de Riley, que disparó a ciegas, para dar a entender a sus compañeros el peligro que corría y para que los agentes australianos aminorasen su avance. Sin embargo, éstos no ignoraban que su perseguido carecía de arma larga, por lo que, en pie, sin muestras de temor, acercábanse rápidamente. La «*Parabellum*» era ineficaz a distancia.

Paul vio cómo los australianos se abrían frente a él en abanico, a

unos quinientos metros, disparando sus rifles, y tuvo que esconderse. Si en diez minutos no había conseguido izarse al avión, su situación haríase desesperado.

El pájaro de acero giraba sobre el mar descendiendo hasta tal extremo, que las olas alcanzaban los flotadores, pero de pronto, inexplicablemente, cobró altura, alejándose.

Eran inútiles las lamentaciones. Asomó la cabeza, retirándola casi inmediatamente. A unos centímetros, una bala arrancó esquirlas de piedra, que le hirieron en una mano. Sus enemigos habíanse aproximado mucho. A su izquierda avanzaba un hombre protegiéndose en las desigualdades del terreno. Aguardó paciente, para no fallar el tiro, y después, sin una contracción en sus facciones de hierro, oprimió el gatillo. El policía se desplomó con un balazo en el pecho. Una granizada de plomo fue la respuesta. Le disparaban ya con los revólveres de reglamento y desde tres direcciones.

Tan atento estaba al inmediato peligro, que le sorprendió el ruido potente de los dos motores del hidroavión. Alzó los ojos y de un salto desesperado se agarró con la mano izquierda a la escala, sintiendo que su cuerpo se desgajaba del brusco tirón. Los australianos, reparando que se escapaba su presa, se irguieron, haciendo un fuego horroroso sobre el que huía. Su reacción llegó tarde, porque el aparato cobró rápidamente altura.

Con serenidad admirable, sabiéndose salvado, Riley guardó el arma en uno de los bolsillos de la zamarra de cuero. Luego se izó a pulso hasta colocarse cómodamente, con los pies apoyados en el último tramo de la salvadora escala. Desde una de las ventanas vio cómo le hacían señas para que subiera y, balanceándose en el aire, lentamente, teniendo a sus pies el mar rugiente, obedeció. A los pocos minutos fumaba tranquilamente un cigarro sentado en una butaca del interior del aparato. Dos hombres le miraban, interrogándole sin palabras; pero Paul no tenía prisa.

Una mujer hermosísima, a su espalda, avanzaba sonriendo. Al llegar detrás de Riley le tapó los ojos, con sus manos bien cuidadas.

—¡Stella! ¿Cómo has venido?

La muchacha, besándole en una mejilla, respondía graciosamente:

—Pues por el aire. Me inquietaba tu aventura. Ya sabes que, al

partir, tuve un mal presentimiento.

—Que se ha confirmado —murmuró Paul, con voz súbitamente enronquecida—. Todos se han quedado allá abajo. El último en morir fue Cort, desnucado contra una roca.

—Y de lo nuestro ¿qué? —interrumpió un individuo de mediana edad, vestido irreflexivamente.

Riley le miró con desprecio, para responder:

—Detrás, los soldados; delante, una tormenta infernal en plena montaña... No ha sido un viaje de placer. Creo que deben ustedes tener paciencia. Primero tenemos que ajustar algunas cosas.

El hidroavión descendió bruscamente unos metros. Dirigieron la mirada al piloto y al copiloto que no mostraban la menor inquietud. Se miraron con el temor reflejado en las pupilas, más Stella tranquilizó, burlona:

—Es un bache de aire. No hay por qué asustarse.

—Nosotros no somos gente de acción. Nuestra vida se desarrolla tranquilamente, sin violencias. Si nos hemos decidido a venir en su busca es porque ansiamos saber el fruto de sus investigaciones.

Paul, dirigiéndose al que había hablado, empezó muy despacio, recalcando cada palabra:

—Usted, *sir* Thomas Bolt, es un auténtico «*gentleman*», acostumbrado a manejar miles de libras esterlinas. Su secretario, el señor Samuel Blencher, judío de origen germano, es un producto típico de la unión de dos razas. Cautó como la serpiente y tenaz como buen alemán. Sin embargo, en esta ocasión, los dos tienen un defecto: la prisa, la falta de humanidad hacia sus semejantes. Ninguno me ha preguntado si mis camaradas dejan tras de sí, en la indigencia, madres, esposas, hijos... Sólo les interesan los dólares. Nosotros somos miserables «*gángsters*».

La voz de Paul Riley vibraba de indignación. Stella Walden, sentada junto a él, contemplábase con inmenso cariño, alegre por saberle lejos de todo peligro.

—Nosotros queríamos... —empezó *sir* Thomas.

—Por favor, déjenme terminar primero. Tenemos tiempo para ponernos de acuerdo: Faltan muchas millas para que lleguemos a Nueva York. Deseo ser claro, aunque les moleste. Yo también tengo cerebro y pienso. No soy un autómatas. La vida de cada uno de mis hombres muertos vale cinco mil dólares sobre el precio estipulado.

—Y ¿quién se ha de quedar con ellos? ¿Usted? —interrogó Samuel Blencher.

—Yo no comercio con la sangre de mis compañeros. Ese dinero, íntegro, irá a parar a la madre de Cort, una viejecita sin más amparo que el de su hijo y que ha ignorado siempre su género de vida. Los demás solo dejan amigas de «*cabaret*».

—De acuerdo —intervino Thomas Bolt—, si ha obtenido usted el éxito que deseamos.

—Y si no, también. Sé que usted, *sir*, padece de una úlcera de estómago. Un afamado cirujano le operó. A los dos años estaba lo mismo. No se la había extirpado. No protestó por el engaño, que tiene atenuantes científicos. Si se pone en manos de otro y se muere, sus herederos abonarán la cuenta sin vacilaciones.

—Pero...

—Sostiene numerosos abogados, que no le ganan todos los pleitos. Ellos cobran porque ponen su trabajo y su talento en la empresa. Nosotros, además, hemos puesto la vida y cuatro la han perdido. El éxito o el fracaso no importa más que a título de beneficios extraordinarios. La labor fue hecha con el mejor deseo de que saliese bien. Eso basta. ¿Tiene «*whisky*»?

Thomas Bolt sacó del bolsillo trasero del pantalón un frasco aplastado, ofreciéndoselo, al tiempo que decía:

—Siento no haber valorado más su inteligencia; Paul. Reúne usted los requisitos indispensables para triunfar: cinismo, audacia y convicción. Creo que no será éste el último negocio que hagamos juntos.

—Veremos —respondió, evasivo, el «gángster».

—Por lo pronto quede sentado que abonaremos esa indemnización a la madre de su infortunado compañero, con un pretexto cualquiera. Se lo pagará una agencia de seguros. Además, hay mil dólares más si el asunto ha salido bien. ¿Quiere un recibo, atestiguando lo que le digo?

—No es preciso, *sir*. ¡Usted cumplirá su palabra!

El inglés no pudo precisar si era un cumplido o una amenaza. Paul Riley prosiguió:

—En fin, voy a disipar sus dudas. He comprobado, mediante contadores «Geiser», que existe mineral radiactivo en el territorio septentrional de Australia. Los yacimientos deben ser importantes

por el despliegue de fuerzas con que el Gobierno ha rodeado la zona. No voy a hablarle de las grandes dificultades con que tropezamos. Eso se queda para nosotros, pero pueden imaginárselas al verme solo. Me consta que aún, tardarán unos meses en denunciarlos oficialmente. Mientras tanto apresúrense a vender esos miles de acciones sobre pozos petrolíferos inexistentes. Han tenido la mala suerte de enclavarlos en el mismo lugar donde los «Geiser», golpeando la tierra, bajo la influencia de la sustancia radiactiva, parecen querer destrozarse. Por otra parte, eso les favorece. Nadie podrá comprobar, por ahora, si existe o no petróleo, porque el terreno está acordonado, y si por carta, alguno de sus accionistas habla de yacimientos al Gobierno, éste o no le contestará o le responderá, de modo evasivo, que sí, que, en efecto, existen, sin aclararle de qué. Su estafa puede ser perfecta si activan la liquidación de los valores.

Thomas Bolt y Samuel Blencher se miraron con sobresalto. Nunca supusieron que un pistolero pudiese llegar tan lejos en sus acertadas deducciones. El primero, luego de carraspear, habló:

—Entonces le felicito, Paul. Cuando lleguemos a Nueva York pásese por mi despacho y le entregaré el dinero.

Stella Walden, recostando su hermosa cabeza sobre el hombro del «gángster», sugirió:

—No hablemos de cosas desagradables. Lo interesante es que has vuelto, Paul.

Riley la miró con ternura. Amaba de veras a aquella mujer. El diálogo se hizo íntimo, mientras los dos financieros, apartándose, cambiaban impresiones. El hidroavión sufría a veces bruscas sacudidas, pero continuaba imperturbable la ruta entre el mosconeo de los motores.

—Quiero darte una noticia antes de que lleguemos a Nueva York, querido. No sé si te agradará. Yo estoy tan ilusionada...

Efectivamente. En la voz se notaba un secreto temor. Paul inquirió:

—¿Tan mala es?

—Para mí, no. Sin embargo...

Stella Walden se detuvo nuevamente. Luego, pegándose mimosa al hombre, confidencial, habló:

—Tú sabes que yo no soy como esas que alegran las horas a tus

amigos. Me conoces de sobra. Vivo a tu lado porque te quiero con toda mi alma y sé que eres bueno.

—Pero...

Evidentemente, Paul Riley estaba desconcertado por él largo preámbulo.

—Déjame terminar. No pretendo nada de ti. Es que... ¡Voy a tener un hijo!

El saltó de su asiento:

—¡No!

—Sí, querido. Un hijo de los dos, tuyo y mío. ¿Te desagrada la noticia?

—No lo sé. Cuando se arrastra una vida como la nuestra es terrible la responsabilidad de un nuevo ser. ¡Quién sabe lo que puede traernos el mañana! Mas es inútil lamentarse, Stella. Si es hombre procuraremos que no imite a su padre.

Había amargura en las palabras del «gángster». ¿Qué hondo secreto le torturaba?

La mujer le miró en silencio, oprimiendo la mano vigorosa de Paul entre sus dos diminutas, que temblaban. El preguntó:

—¿Tan mal concepto tienes de mí?

—No, Paul. Todos los errores de tu vida, los que te han llevado a esta situación, fueron provocados por tu ansia de libertad. La razón suprema de todos tus actos es ese «¡por que sí!», al que rindes culto. Tu argumento favorito. Un hijo es una cadena que aprisiona, aunque sea dulce.

—Vamos; no seas niña —la tranquilizó él, acariciándola—. Y ahora calla. Parece que esos dos se acercan.

Sir Thomas Bolt ofreció un gran habano a Riley, que aceptó. Después dijo:

—Cuando vaya mañana a hacer efectivo su dinero no deje de pasarse después por mi despacho particular. Hay un nuevo asunto en perspectiva. Algo muy interesante y para lo que será preciso un equipo especial de buzos. ¿Le importa que charlemos de ello delante de su... «esposa»?

—Puede empezar cuando quiera. ¡Ah! Se me olvidaba. En determinados aspectos son peligrosas las ironías.

La frialdad de la voz del «gángster» y su mirada hicieron que el financiero se apresurase a aclarar:

—No quise ofenderles. Verá. Por razones especialísimas, nos interesa que Nueva York quede incomunicada telegráficamente con Europa. Pretendemos que...

La charla se hizo confidencial. Paul escuchaba atento, teniendo aprisionada una mano de Stella... El avión, con las luces apagadas, continuaba imperturbable su ruta...



**VALIOSOS PREMIOS EN EL
CONCURSO DE CULTURA POLICIACA**

Pida las bases a su librero o a
EDITORIAL ROLLAN

II



L Madison Square Garden rebosaba de un público que rugía apasionado ante las incidencias del combate de boxeo que se celebraba entre Tim Bypass, negro portorriqueño residente en el llamado Harlem hispano de Nueva York, y Romney Tempest, un muchacho que aspiraba al título de los pesos medios y que se había convertido en unos meses en el favorito de la afición pugilística estadounidense. Las gradas, totalmente llenas con un número superior a su aforo de

15 000

espectadores, semejaban una Babel gigantesca, preponderando los hombres de color. De no ser porque el barrio de Harlem tiene

300 000

moradores, diríase que hallábase en pleno en el Madison para aplaudir a Tim Bypass.

Todos estaban pendientes de los dos púgiles, cuyos cuerpos relucían de sudor a la luz de los potentes reflectores. Sin embargo, entre la multitud, un hombre parecía indiferente al combate, ocupado en observar al que tenía delante de él.

Esperó sin poder disimular su impaciencia, y cuando uno de los púgiles arrinconaba al otro contra las cuerdas del «ring», aquel individuo sacó del bolsillo de su americana una jeringa de inyecciones, que ocultó en la ancha palma de su mano, y luego, con un rápido golpe, clavó la aguja en el cuello del que estaba ante él, el cual quiso volver la cabeza, pero se desplomó sin un gemido.

Dos sujetos, acompañados del que realizara la maniobra, le sacaron del graderío, rechazando los auxilios de los sanitarios:

—No se preocupe, soy médico —dijo el autor del atentado—. Es mejor que le traslademos a su casa. Allí tengo mi automóvil.

Salieron del gran coliseo y, montando en un lujoso «Studebaker», se perdieron a lo lejos. Mañana nadie recordaría el incidente. La pasión del combate hizo que muy pocos repararan en lo que podía ser únicamente un desmayo.

Dentro del vehículo imperaba un gran silencio.

—Para en la oficina —ordenó uno.

Llegaron a la esquina de la Quinta Avenida con la calle Cincuenta, que recorrieron, penetrando en un garaje. Los tres hombres ascendieron por una escalera de hierro, llegando a un largo corredor. Paul Riley les salió al encuentro:

—Enhorabuena, Stebbins. Veo que todo ha salido bien.

—Sí, jefe. Nunca hemos realizado un trabajo más a gusto —contestó Jack Stebbins, arrojando contra el suelo al secuestrado, que comenzaba a volver en sí, mirándolo todo con ojos de asombro.

Penetraron en una habitación. Samuel Blencher denotaba un auténtico terror.

—¿Qué le sucede? —inquirió, burlón, el «boss», jugando, distraído al parecer, con una «browning» de sobre la mesa—. En realidad, ésta es también una entrevista de negocios. Le voy a presentar a mis muchachos, constituidos físicamente de la misma forma que los que perecieron en Australia. Stebbins, Winslow y Fralinger. Por cierto, qué a éste, como a Cort, le vive todavía su madre. ¿No le emociona el recuerdo?

—Escuche, Riley. Yo me limito a obedecer las órdenes de quien

usted sabe. Él me dijo que pagara a la vieja en acciones.

Paul, cogiéndole de las solapas, barbotó, enfurecido:

—¡Cobarde! He hablado con Bolt hace unas horas, viendo el talón del cheque que usted ha cambiado por papeles inútiles.

Le empujó con desprecio contra el suelo. Blencher sudaba de miedo. Gimió:

—Yo les daré lo que pidan... Fue una equivocación.

—Veo que nos pondremos pronto de acuerdo. En lugar de veinte entregará mañana, sin falta, treinta mil dólares. Si no lo hace, cada día iremos aumentando diez mil más, hasta que tengamos que cobrarnos con su pellejo. ¿Qué le parece?

—Pagaré... pagaré...

—Así da gusto. Dale, Fralinger. Te corresponde ese honor.

El puño del «gángster» se alzó ante los aterrados ojos de Samuel Blencher, que cayó al suelo sin sentido, sangrando por las comisuras de los labios. El «uppercut» había sido perfecto. Paul ordenó:

—Déjale tirado por cualquier calle, echándole antes sobre la ropa una botella de «*whisky*». Que apeste a alcohol. Luego te reunirás con nosotros en la isla Coney.

Fralinger salió, arrastrando al hombre inconsciente. Luego, el «boss» dijo:

—Ya es hora.

Conforme se acercaban las embarcaciones al lugar elegido para la maniobra, Paul Riley daba las últimas instrucciones:

—Los cables telegráficos son extraordinariamente fuertes y gruesos. Vosotros dos los rodearéis con estos chalecos, contruidos expresamente. Tan cerca de la costa no hay mucha profundidad. Todo se ha estudiado con detalles. Son seis cargas de explosivos: dos para cada cable, y capaces de volar un acorazado. El golpe no puede fallar. Ya hemos llegado.

—De acuerdo, jefe.

La noche era oscura y el Océano Atlántico estaba tranquilo como un lago. Stebbins y Winslow, que a lo largo de su accidentada vida fueron buzos en el puerto de Charleston, en Carolina del Sur, puestas las escafandras por sus compañeros, se dejaron hundir en el mar, llevando las máquinas infernales en bolsas impermeables. Fralinger movía rítmicamente la bomba de oxígeno.

Viéndoles descender, Paul Riley no podía dominar su inquietud. ¿Qué explosivo empleaban? No ignoraba que la dinamita no debe conservarse en sitios húmedos, pues el vapor de agua puede ir desalojando la nitroglicerina haciéndola estallar. Asimismo, a ocho grados sobre cero comienza a congelarse, pudiendo dar origen a accidentes. No. Aunque *sir* Thomas Bolt le aseguró que era dinamita, él estaba convencido de que iban a utilizar otra potentísima sustancia. Si explotaba antes de que sus compañeros salieran del agua, ninguno quedaría para contarlos.

Los segundos pasaban lentos, angustiosos. El Océano semejaba un negro tapiz.

Fralinger, sin descuidar su tarea, indicó a Paul:

—Mire a su izquierda, jefe. Parece que se acerca alguien.

En efecto. A poco llegó a sus oídos el sonido rítmico de un motor de gasolina. Si eran atacados por la Policía del puerto, la situación tornaría desesperada. Riley, cogiendo una ametralladora «Thompson» del fondo de la barca, ordenó:

—Tú sigue a lo tuyo. Yo me encargaré de los que vengan.

Pero la canoa, describiendo un círculo en torno a ellos, se alejó hacia la costa. Dos hombres, por estribor, iban dando cuerda lentamente a los buzos. Uno dijo:

—Han llegado, jefe.

El «boss» respiró. Aunque estaba seguro de no haberse equivocado de sitio, debido a la boya que se balanceaba frente a ellos, lo extraordinario de la aventura mantenía sus nervios en tensión. Ansiaba marchar a tierra firme.

Consultó su cronómetro. Llevaban quince minutos de inmersión. Sintió grandes deseos de fumar, pero se contuvo. Atados a la proa de la lancha había unos finísimos cables que comunicaban con los explosivos.

—Ya piden subir.

Ayudó a izarlos, y poco después, Winslow y Jack Stebbins respiraban a pleno pulmón el aire de la noche. Riley sacó un extraño aparato, con dos clavijas, a las que unió los cables de la manera que le habían dicho, y luego, volviéndolo, le dio cuerda. Un «tic-tac», semejante al de un reloj, se dejó oír. Lo dejó caer al agua, mientras gritaba:

—A la costa, a toda velocidad. Coged las ametralladoras. Tal vez nos aguarden los de la canoa.

Remaron fuertemente, deseando alejarse del peligro, y minutos después se hallaban en tierra firme. Apenas se habían internado unos metros, cuando oyeron una sorda explosión y un gran remolino de agua se alzó frente a ellos, salpicándoles...

El inspector Macklin, del Federal Bureau of Investigation, casado recientemente, después de pedir a su buen amigo, el teniente Carry, de la Policía marítima, una motora, decidió pasear por las aguas tranquilas del Atlántico, diciendo a su esposa:

—Ya que no hemos podido ir a Venecia, como te prometí, navegaremos en las proximidades de Nueva York, No tendrás más que cerrar los ojos y apoyarte en mi hombro para hacerte la ilusión completa.

La muchacha le había sonreído al replicar:

—Junto a ti, querido, cualquier sitio es encantador...

El del

F. B. I.,

puso la canoa a velocidad media internándose en el mar. La excursión resultaba encantadora y los jóvenes, todavía en su luna de miel, hablaban con las dulces palabras del amor. De pronto, él se irguió, oteando el horizonte.

—¿Qué harán esos ahí parados? —dijo—. Les llevo observando desde hace diez minutos.

—¡Oh Fred! ¿Cuándo te olvidarás por completo de los malhechores? ¡Y yo creí que sólo pensabas en mí! —reprochó la joven.

—Así es, nena. Sin embargo...

En la frase incompleta, el inspector del

F. B. I.,

dejaba adivinar su preocupación. Se había acercado lo suficiente, para ver las sombras de varios hombres. Intuyendo el peligro, puso proa a tierra, alejándose a toda marcha hasta llegar a la oficina de los agentes marítimos, que se alzaba junto a un acantilado. Una voz les saludó, alegre:

—¿Ya de vuelta? No os esperaba en unas horas.

—Sí, Carry. Resulta que...

Refirió lo que presenciara, y, al momento, el oficial entró en la casa, saliendo acompañado de dos agentes. En sus manos llevaban fusiles ametralladores.

—Os acompaño —decidió el inspector—. Espera aquí nuestra vuelta, Helen.

—Pero... —Intentó protestar ella.

—No pasará nada. Quizá sean unos jueguistas.

El inspector le dio un beso en la mejilla y, con Carry y sus hombres, se dirigió a una pequeña altura, desde la cual se divisaban muchas millas de mar abierto.

—Vienen a la costa —afirmó el teniente—. Lo mejor será darles el alto en tierra.

Corrieron, deteniéndose detrás de unas peñas, viendo cómo seis individuos desembarcaban. Iban a descubrirse, cuando el Océano pareció estremecerse y una sorda explosión llegó a sus oídos.

Decididos, Macklin y los del servicio marítimo surgieron de pronto frente a los desconocidos, apuntándoles con sus armas:

—¡Dense presos en nombre de la ley!

Mas la respuesta fue una ráfaga de ametralladora, que cosió el pecho del inspector. Carry, tirándose al suelo, contestó del mismo modo, pero los «gángsters», más numerosos y prevenidos contra cualquier contingencia por Paul Riley, a menos de cinco metros, les exterminaron. Las detonaciones sonaban lúgubrementemente en la noche.

—¡Huyamos! Dentro de unos minutos tendremos encima legiones de policías.

Corrieron campo a través, llegando de nuevo al mar. Un «ferry»^[1] les aguardaba. Una hora después desembarcaban en la bahía Gowanus, en Brooklyn, donde se separaron. Paul Riley tomó un taxi hasta la principal vía del llamado justamente «dormitorio de Nueva York», la Fulton Street, a la altura de las Casas Consistoriales, donde abandonó el coche para tomar el Rapid Transit Railroad, conocido más popularmente por el «Subway» o ferrocarril subterráneo, que, tras de atravesar el East River, convirtiéndose en submarino, alcanza Manhattan. El «boss» se apeó en Park Row, caminando despacio hasta las oficinas del *Post Office*^[2], tomando otro automóvil.

—Al Waldorf Astoria.

El conductor enfiló en la dirección indicada, parando en la

Quinta Avenida, entre las calles Treinta y Tres y Treinta y Cuatro, donde se encuentra enclavado el magnífico edificio de dieciséis pisos, famoso en el mundo entero.

Con aire despreocupado atravesó el lujoso «*hall*», indiferente al saludo obsequioso del portero.

Iba vestido de etiqueta, y para protegerse del agua, utilizó un largo impermeable, abrochado hasta el cuello, que tiró al río desde el «*ferry*». Su porte era intachable y su rostro denunciaba nobleza y tranquilidad. Ya en su cuarto, dijo a Stella, que leía en un cómodo sillón y que se levantó a recibirle:

—Vengo en tu busca, querida, para que nos tomemos juntos una botella de champaña. Todo salió a las mil maravillas.

La interpelada sonrió forzosamente, pasando a su habitación a vestirse. Él la siguió.

—¿Qué te ocurre? Te encuentro disgustada.

—Siempre que sales temo que no vuelvas. Te quiero demasiado para vivir tranquila, mientras tú estás en continuo peligro... Deseo vivir de modo humilde, si es preciso, sabiéndote seguro. No soy ambiciosa más que de tú presencia.

Paul comprendió lo que decía Stella. Él también, muchas veces, deseó paz y felicidad. Más había ido ya demasiado lejos y no era posible retroceder.

—Anda, no pienses en tristezas. Tengo ganas de tomar a tu lado unas copas de licor, como el día que nos conocimos. ¿Te acuerdas?

—¡No he de acordarme! Para mi fuiste un príncipe de leyenda. Me enamoré desde el primer instante.

—Pues date prisa. Iremos primero a un «*dancing-hall*» y luego a un «*cabaret*» de negros. Hace mucho que no salimos juntos.

Riley abandonó la alcoba, encendiendo un cigarrillo. La muchacha, mientras se arreglaba, fue recordando la noche en que vio a Paul. Fue en su mala época, cuando, muerta su madre, tuvo precisión de contratarse en un «*night-club*» como chica de conjunto. Allí aprendió muchas cosas que hasta entonces le parecieron increíbles, adquiriendo una extraordinaria experiencia. Conoció a hombres que de día engañaban a sus semejantes con alardes de extraordinaria moralidad, y que de noche sostenían ocultas relaciones con mujeres de la peor especie, encanallándose entre drogas y alcohol. Fue tratada mal por seres embriagados, que no

veían en ella más que algo propio para satisfacer sus caprichos bestiales.

Pasó hambre y fue golpeada por no doblegarse al vicio, y, plena de desorientación espiritual, conoció a Paul Riley, que la trató, por vez primera desde hacía muchos meses, como a una dama. Se enamoró de él, no importándole el género de vida que llevaba. ¡Le prefería a tantos hipócritas! Nunca hablaron de casarse, y, lentamente, el cariño fue haciéndose más hondo, más intenso. Él era un caballero, que la rodeaba de toda clase de atenciones...

—¿Vamos ya? —preguntó Riley desde la otra habitación, interrumpiendo los pensamientos de la joven, que terminaba de ponerse una maravillosa pulsera de diamantes.

—Sí; ahora mismo.

Stella Walden salió y Paul no pudo menos que confesar:

—Estás realmente encantadora.

La mujer vestía un traje de raso azul, risoteado de plata. Los hombros al descubierto mostraban su perfección y blancura. El cabello, recogido atrás, destacaba el terso rostro iluminado por una sonrisa.

Del brazo salieron a la calle.

—No he traído el coche —explicó.

Un «taxi» paró ante ellos.

—A la avenida Lexington, al veintidós.

Paul Riley apretó, cariñoso, el brazo de Stella, mirándola con ternura. Murmuró:

—Creo que eres una mujer inigualable en todos los aspectos. Me siento orgulloso de ti.

No hablaron más hasta que el coche se detuvo frente a un lujoso establecimiento con las luces de fuera apagadas. Eran ya cerca de las cuatro de la madrugada.

Un galoneado portero les salió a recibir. Dudó unos segundos, pero reconociendo, sin duda, a Riley, les condujo a través de una desierta sala, descendiendo unas escaleras. El «*dancing-hall*» fue clausurado semanas antes por la Policía, debido al negocio clandestino de juego. Sin embargo, de espaldas a la ley, continuaba sus actividades en los departamentos interiores.

Desembocaron al fin en una gran habitación rebosante de mesas, en las que los trajes de noche de las mujeres y las blancas pecheras

de los hombres relucían a la luz de varias arañas de cristal. En el centro, una pista de baile, y al fondo, sobre un templete, una orquesta, que interpretaba música de «jazz».

—Champaña —pidió al camarero que les acomodó—. ¿Bailamos, querida?

—Sí, más aguardemos a que toquen un «blue».

Paul comprendió, sugiriendo, inquieto:

—Tal vez no debimos venir. Puede perjudicarte.

—No. Me agrada un poco presumir a tu lado. No te pongas vanidoso, pero muchas se han vuelto cuando entrabas.

Riley sonrió. Stella no había llegado a comprender la razón por la que aquel hombre caballeroso y bueno seguía la senda del delito, transformándose en ocasiones en una fiera sedienta de sangre. Sus compañeros le respetaban y le temían. Las dos personalidades de Paul se agigantaban en un mismo ser. Tal vez fuera ése su mayor atractivo.

—Ahora nos toca a nosotros, Stella. Empieza un «fox» lento.

Apretó contra sí el cuerpo de la mujer, hundiéndose en el placer de la danza. Bailaba con elegancia: la silueta erguida, sin rigidez, y los movimientos suaves...

En una mesa, un individuo les observaba, apretando nervioso en su mano la copa de champaña, que se rompió con un sonido sonoro, clavándosele los cristales en la carne. Reaccionó, envolviéndose la mano en un pañuelo, y, al terminar la pieza musical, procuró hacerse el enconradizo con el «gángster», que palideció al verle, apartándose de su camino.

—¿Qué te sucede, Paul? Te has quedado blanco como la pared.

Riley, sordamente, mientras se sentaban, murmuró:

—Es mi hermano menor; el único que tengo.

Bebió una copa del espumoso licor, serenándose. Vio cómo el camarero se acercaba a él portando una tarjeta doblada por el centro.

—Para usted. Me la ha dado aquel señor.

En el reverso de la cartulina había escrita una sola palabra: «Márchate».

Vaciló, y luego, pidiendo la cuenta obedeció, ante la extrañeza de Stella, que conocía su carácter rebelde a toda influencia externa. Apenas pusieron el pie en la calle cuando se oyó un ruido de sirenas

y varios coches de la Policía se detuvieron frente al «*dancing*». Paul, cogiéndola fuertemente de la muñeca, apretó el paso, alejándose de tan peligroso lugar.

Pasearon en la noche. Ella habló:

—Nunca te referiste a ese hermano. ¿Cómo adivinó la llegada de la Policía?

—Porque es un agente del

F. B. I.,

y, sin duda, estaba en misión de servicio.

La respuesta, por lo desconcertante, sumió a Stella en un mar de confusiones. Sin reparar demasiado en el alcance de sus palabras, insinuó:

—¿No has pensado que la vida puede poneros frente a frente? Vuestros caminos terminarán chocando.

—¡Calla!

La verdad le había dolido en el corazón.

—Nunca te hablé de mi pasado, Stella. En realidad, es una historia vulgar. Mi padre es el juez Waring, que tal es mi verdadero apellido. Pretendió que estudiase ingeniero, y me negué. Entonces, inflexible, me presentó un dilema: obedecerle, o renunciar por completo a él. Yo no quise hundir mi juventud en cálculos aritméticos. Pasé hambre, pero mi orgullo me impulsó a resistir. Trabajé en los oficios más bajos, y un día desalentado, ingresé en un «gang», donde se puso de manifiesto la fiera que todos llevamos dentro. Tuvo la culpa una mujer que me arrastró. Quise retroceder y no pude. Entonces me enteré que se pretendía usarme como pantalla para coaccionar al viejo Waring, y que concediera libertad a un sujeto acusado de homicidio. No lo consiguieron. Mi padre nos procesó a todos por «chantaje», sin excluirme a mí. Cuando me enteré de lo sucedido, airado, vacié el cargador de mi pistola contra los miserables. ¡Había comenzado a matar! Cumplí una condena por lesiones y otra por robo. En la prisión me hice un hombre duro, implacable. Más tarde me enteré de que mi hermano ingresó en la Academia de Quántico, obteniendo el número dos de su promoción de agentes federales. Por eso siempre tuve cuidado de no enfrentarme con el

F. B. I.

Paul Riley hizo una pausa para continuar:

—Una tarde, corroído por los remordimientos, intenté volver a casa. La sirvienta me dijo que mi padre se había vuelto a casar. Me alejé de allí, calificándole de ser hombre duro, sin entrañas. ¡Olvidar a mi madre, suplantándola! Nunca se lo perdonaría. Rodé cuesta abajo, hasta llegar a lo que soy, tras muchos años de soledad y de abandono. A veces pienso que si en los primeros tiempos mi padre me hubiese tratado humanamente, yo no sería hoy un «gángster». ¡Qué absurdo concepto de la autoridad! Mi hermano Kid quiso ayudarme, pero yo no acepté. Ahora creo que me desprecia.

Caminaban por la Tercera Avenida. Stella Walden, sintiendo en su alma el dolor de Paul, respetó su silencio. El murmuró:

—Vamos al hotel. Necesito dormir...

Mientras tanto, a esa misma hora, en el despacho del director de Policía, de Nueva York, se estaba celebrando una interesante entrevista. Varios hombres, las máximas autoridades de la ciudad, escuchaban la voz del jefe de las Patrullas Móviles:

—Los agentes se encontraron a una mujer gritando histéricamente y abrazada al cuerpo del que luego supimos era su marido: el inspector Macklyn, del

F. B. I.

Junto a ella, los cadáveres del teniente Carry y de dos agentes. La muchacha nos refirió lo que había visto. Acababan de casarse. La hemos internado en un sanatorio, privada momentáneamente de la razón. Los cables telegráficos a Europa han sido volados. Y todo esto hace solamente unas horas. No se ha podido detener a nadie, pues carecemos de prueba. La barca que utilizaron la hallamos destrozada contra las rocas, sin duda de efectos de la explosión. ¡Creo que ya es hora de que el

F. B. I.,

intervenga! Nuestros policías son muy conocidos y, por si fuera poco, los sobornos y las amenazas merman su actividad. ¿Qué responde, inspector?

Burke Sampson, del Federal Bureau of Investigation, contestó:

—Estoy esperando de un momento a otro instrucciones de Washington para obrar en consecuencia. Más me inclino a darle la razón a Ravelle, aunque insistiendo en algo que él ha pasado por alto. Fuera de los sindicatos de juego, que todos conocemos bajo sus

«camouflages»[3], existe otra organización terrorista al estilo antiguo; es decir poniendo a sueldo las ametralladoras. Los «gángster» de los sindicatos son gente respetable, burgueses, que por nada del mundo se meterían en aventuras semejantes. Sus ingresos son demasiado buenos para exponerse. Hay alguien que quiere resucitar los pasados métodos.

Todos asintieron con el gesto y la palabra. El director de Policía afirmó:

—Creo que ha acertado en sus suposiciones, Sampson. Ardo en curiosidad por conocer qué piensa Hoover del asesinato de su inspector.

—Pues ahora mismo lo sabrá.

Un policía entraba en ese momento con un despacho transmitido por radio. Leyó en alta voz:

«Encárguese detención asesino Macklyn Carta blanca. Disponga de los agentes necesarios. Si necesita ayuda, pídala a Washington. Suerte. —H».

—Disipada la incógnita.

—Cuenta con nosotros, inspector.

—Todos nos dispondremos a ayudarle.

—Gracias, amigos. Espero que no sea necesario.

Los hombres, estrechándose cordialmente la mano, se despidieron.

Una vez solo, Burke Sampson se dirigió en su coche al Depósito Judicial, solicitando ver al forense de guardia. Una vez que hubo demostrado su personalidad, pidió:

—Necesito los proyectiles. He de enviarlos al Laboratorio de Balística.

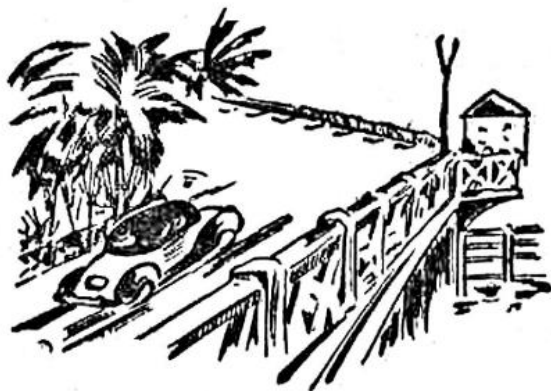
—Aquí, están. Todos de ametralladora, menos uno que se hallaba en el cadáver de paisano.

No necesitó Sampson más que mirarle para darse cuenta de que pertenecía a una «*Parabellum*». ¿Habría salido de la misma arma que las balas remitidas de Australia, con la consiguiente protesta? De ser así, el asunto resultaba más complicado de lo que a primera vista le pareció.

Hizo un paquete, y media hora después lo depositaba en la

oficina de Correos. Después seguro de que por el momento nada le restaba por hacer, se dirigió a su domicilio, en la avenida Myrtle, en Brooklyn, frente al Parque Washington, dispuesto a descansar de la agobiante jornada.

Al mirar a su esposa, dormida, no pudo reprimir un estremecimiento, acordándose de Macklyn, muerto en el cumplimiento del deber...



TODAVIA SIGUE EN VIGOR
nuestro
CONCURSO DE CULTURA POLICIACA
Entérese de las bases en las novelas de:
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
NEVADA
Colección F. B. I.

III



UANDO Paul Riley salió del despacho de *sir* Thomas Bolt, aún sonaban en sus oídos las últimas palabras del financiero:

—Deseo hablarle claro. Tengo mi fortuna invertida en negocios más o menos legales, y, a veces, si la cosa merece la pena, alquilo mis servicios a determinados individuos que lo pagan bien, como en el caso de anoche. Ahora se trata de obstaculizar el progreso de la televisión. Poseo más del sesenta por ciento de acciones de una importante empresa cinematográfica. Quiero impedir que bajen. Hemos registrado un descenso de un tres por ciento, y, según los informes, dentro de dos años, será un diez, un quince o un veinticinco. Las instrucciones detalladas van en este sobre. ¡Ah! Se me olvidaba. Uno de los que anoche mataron era inspector del F. B. I.

Ándese con cuidado.

Compró el periódico y, montando en su «Studebaker», se dirigió al hotel. El *Herald Tribune* relataba minuciosamente el atentado a

las comunicaciones con Europa, terminando:

«Se ignora el fin perseguido por los terroristas, aunque se supone la oculta influencia de alguna poderosa organización internacional».

Paró el coche, ante una señal de tráfico, y se hundió en tristes meditaciones. ¿Sería su hermano uno de los que intentarían llevarle a la «silla»?

El ruido de numerosas bocinas le sacó de su abstracción. Detrás de él, varios automóviles solicitaban paso. Prosiguió su lenta marcha por la Quinta Avenida. Había prometido a Stella comer en un restaurante.

Paró frente al Waldorf Astoria. En el vestíbulo alguien puso la mano sobre su hombro. Se volvió, rápido, descubriendo un rostro severo.

—¡Kid! —exclamó, asombrado—. ¿Qué es lo que quieres?

—Charlar dos minutos contigo. Si busco esta entrevista es por papá. Sufre por ti más de lo que puedas imaginarte.

—No lo creo. No tiene corazón.

—¡Paul! —El rostro de Kid Waring se contrajo espantosamente, para serenarse luego, en un magnífico dominio de las reacciones nerviosas—. Escúchame, así, en pie. Vengo a advertirte. Márchate de los Estados Unidos. Sé que trabajas fuera de la ley, aunque ignoramos el alcance de tu labor. Nosotros vamos a intervenir en la represión del «gansterismo», debido al asesinato de anoche. Y el F. B. I., es implacable.

—¿Me amenazas?

—Te prevengo. Deseo protegerte, salvarte.

Paul Riley se irritaba más y más ante su hermano. Él era como su padre: frío, calculador, y socialmente, aquello que él ya no podía ser. El tono amistoso de perdón, de indulgencia, exasperó al «gángster»:

—No lo necesito. No os he necesitado nunca. Seguiré en Nueva York defendiéndome contra quienes me ataquen. ¡Si la vida nos pone enfrente... tira a matar!

Dio media vuelta, dirigiéndose al ascensor. No quería que Kid viese en su rostro el menor signo de debilidad, la certeza de que él

nunca lucharía contra quien llevaba su misma sangre.

Entró en su departamento, sorprendiéndose al no ver arreglada a Stella.

—Te ha llamado Stebbins varias veces. Es urgente que le veas.

Paul tomó un vaso de «*whisky*». Necesitaba embriutecerse.

—Lo siento. Volveré cuanto antes.

Salió a la calle de nuevo, dirigiéndose velozmente al garaje, en el que, bajo la apariencia de un negocio honrado, tenía instalado su cuartel general. Ya en una de las habitaciones del piso alto, Jack Stebbins le informó:

—Anoche detuvieron a Winslow. Iba conmigo y yo pude escapar milagrosamente. Un coche de la Patrulla Móvil chocó casualmente contra el nuestro, y a ese bruto no se le ocurrió otra cosa sino disparar contra un policía, hiriéndole. Se lanzaron sobre nosotros, apresándolo. Han encontrado dentro del automóvil dos ametralladoras. Las mismas que usamos contra los agentes marítimos. Si confiesa estamos perdidos. Por un confidente sabemos que...

—Es inútil, inspector. Es un individuo durísimo. Ni el tercer grado sería capaz de hacerle hablar.

Burke Sampson se sonrió de las palabras del sargento. Él era capaz de conseguir que el detenido dijese más de lo que sabía, si era preciso. Para eso necesitaba estar fuera de la Delegación policíaca. Ordenó:

—Trasládelo a la avenida Columbus, al diez. Allí le aguardarán varios agentes. Se lo devolveremos dentro de un par de horas...

El detenido movió la cabeza con inquietud. No ignoraba que el F. B. I., trabajaba, dentro de la ley, utilizando métodos muy similares a los de los «gangs». Sampson, cogiéndole bruscamente por la solapa, le conminó:

—No seas idiota, ni me obligues a comportarme como un salvaje. Soy capaz de arrancarte la carne a tiras para que me digas lo que preciso saber. ¿Hablarás?

Winslow, apretando los dientes, contestó:

—No.

Si confesaba, su fin era la silla eléctrica. Tal vez callando

podiera librarse por falta de pruebas concretas.

—Yo iré detrás, sargento.

El aludido, que al principio creyó se trataba únicamente de intimidar al preso, balbució:

—Pero...

La voz enérgica del inspector no le dejó seguir:

—Le daré la orden por escrito. Usted cuide de que llegue a las señas que le di. Convenientemente esposado, Winslow penetró, junto con dos policías, en el interior de la furgoneta metálica, utilizada para el transporte de detenidos. Junto al conductor iba un agente, y detrás, en el «Cadillac», Burke Simpson, que deseaba comenzar cuanto antes el interrogatorio.

Enfilaron por Broadway Avenue, rebosante de vehículos. Era la una y media de la tarde.

De pronto, dos lujosos automóviles que iban a los lados del coche celular, formaron una especie de cuña. La furgoneta, para no estrellarse, hubo de detenerse. Antes de que el inspector empuñara su revólver, varios individuos saltaron sobre el estribo del vehículo policial, disparando contra el chófer y su acompañante, mientras otros abrían, de dos certeros disparos, la puerta de atrás. Y en ese momento el arma de Burke Sampson entró en acción, derribando sin vida a uno de los asaltantes. Una ráfaga de proyectiles destrozó al parabrisas de su «Cadillac», unos centímetros más arriba de su cabeza, y el del

F. B. I.,

hubo de tirarse al suelo para evitar ser muerto. Los «gángster» le ametrallaban.

El confusionismo en la gran avenida era extraordinario. Los conductores, intentando acelerar la marcha para huir de la muerte que silbaba por todas las direcciones, produjeron un embotellamiento de tráfico, típico en Manhattan, pero esta vez de trágicas consecuencias, pues impidió la persecución de los dos automóviles, que avanzaron veloces por Broadway, internándose en una de las calles laterales. Un agente del tráfico motorizado fue muerto de un disparo en la cabeza.

Burke Sampson pretendió romper la coraza de vehículos que le rodeaba, sin conseguirlo. En vista de la inutilidad de sus esfuerzos, saltó veloz al coche celular, comprobando que el detenido se había

fugado y la muerte de los que en él viajaban.

Corrió, con riesgo de ser atropellado, por entre los coches, subiéndose a un «Packard» conducido por un elegante caballero: Le mostró la insignia, diciéndole:

—Nada le obliga a hacerlo. ¿Me deja el volante?

—Desde luego —replicó, amable, el desconocido.

Más pasaron cerca de cuatro minutos antes de que lograra reanudar la marcha. Era ya inútil la persecución, así cómo intentar la identificación de los «gángsters» por el número de las matrículas. Dentro de unas horas, los automóviles aparecerían abandonados en cualquier avenida de la ciudad. Los fuera de la ley utilizaban siempre coches robados...

—¡Imbécil! —bramó Paul Riley, rojo de ira, mientras abofeteaba a Winslow, que, muy pálido, soportó el infamante castigo—. Has estado a punto de perdernos a todos.



—¡Imbecil!—bramó Paul Riley con ira.

—No hablé nada, jefe —se disculpó.

—¡Sólo a un necio se le ocurre disparar contra la Patrulla Móvil, llevando un arsenal consigo! —Fue el seco comentario del «boss», sentándose en uno de los butacones—... Peufield cambió su vida por la tuya.

En la estancia había cinco hombres. Riley evidenciaba un furor sin límites.

—Tenemos al

F. B. I...

detrás de nosotros —comentó Stebbins.

—Les demostraremos que su fama es infundada. El que se acobarde que me lo diga. Podrá marcharse.

Dos sujetos le miraron con inquietud. La mano de Paul estaba muy cerca de la funda sobaquera. Como nadie replicase, continuó:

—Escuchad mis planes. Si salen bien, dentro de un mes nos iremos a cualquier nación de América del Sur a disfrutar alegremente las ganancias mientras se olvidan de nosotros.

Riley continuó exponiendo sus proyectos. Al terminar, los cuatro «gángsters» tenían los ojos agrandados por la codicia.

—Cinco mil dólares por golpe. Cuantos más demos, mejor. Mañana, el

F. B. I.

tendrá que confesar su impotencia.

La reunión se disolvió. Paul, mientras montaba en su «Studebaker», para dirigirse al Astoria, sintió que su corazón se transformaba, endureciéndose. ¡Fuera sentimentalismos! Él era un hombre de hierro. Desde aquel instante consagraría su existencia a procurar triunfar en la senda del delito aún más que su padre y su hermano en la de la honorabilidad. El caso de Al Capone podía repetirse.

Si es usted un hombre culto y amante de la
emoción, suscríbase a la
EXTRAORDINARIA DEL OESTE

IV



O he pensado muy bien, Paul. Mi decisión es irrevocable: o yo y mi hijo o tu carrera criminal. Estoy decidida a todo, incluso a separarte de mi vida.

La voz de Stella Walden sonaba firme, decidida. En la habitación imperaba un silencio denso. Paul Riley, sentado en una de las butacas, fumaba un cigarrillo, haciendo un esfuerzo por dominar sus nervios. La mujer le miraba con ansiedad.

—Mucho has cambiado.

—No lo creas. Siempre confié en que te regenerarías; pero, si insistes en realizar lo que acabas de decirme, me voy. *Sir* Thomas Bolt será tu ruina, y tu padre y tu hermano, tu remordimiento.

—¡Calla!

—No quiero ofenderte. Te amo demasiado para hacerlo. Sin embargo, piensa que mi cariño está por encima de egoísmos. No

necesito el dinero. Si es preciso me pondré a trabajar. La vida aún puede ser grata para nosotros, y si te cansaras de mí... si te aburriera, te dejo marchar con los tuyos, que aún te recibirían con los brazos abiertos. Vamos a tener un hijo. Casémonos, formando así un hogar. Cuando te separas de mi lado, nunca sé si has de volver tú o un policía a interrogarme sobre tu vida, notificándome que has sido detenido. Nadie burla impunemente la ley.

Paul Riley no contestó. Las mismas reflexiones quizá le hubieran convencido antes de la advertencia de su hermano Kid; pero ahora, renunciar a la lucha, convertirse en un empleado, era tanto para él como sentar plaza de cobarde. El lucharía, demostrando su poder a los suyos. Stella, ante el silencio, prosiguió, con la voz humedecida por el llanto:

—Jamás te he hecho escenas. Te he querido por ti mismo. Bien lo sabes. Ahora hay más. Es nuestro hijo el que nos lo reclama. Sería terrible que, pasados los años, nos pidiera cuentas de su apellido. Tenemos algún dinero para iniciar un pequeño negocio. ¡Te lo pido por Dios, Paul!

Las palabras angustiadas de la mujer revelaban un dolor sin límites. El corazón del que la oía era duro como una roca. El desprecio de su padre, su pasado lleno de privaciones, el contacto con la muerte y el peligro le hicieron un hombre de hierro. Contestó:

—Entonces, ¿me presentas un ultimátum?

—No es eso... Deseaba que me entendieras. Tu hermano habló conmigo hace un rato. Te quiere, Paul. No se trata de nosotros, sino de ti.

—Yo sé cuidarme sin necesidad de niñeras. ¡Bonita confabulación! La oveja descarriada a quién intentan hacer entre de nuevo en el redil.

Había tanto desprecio en su voz que Stella, irguiéndose, dijo:

—Escúchame sin dejarte arrastrar por la ira. En mi vida te lo he dado todo sin pedirte jamás explicaciones. Entonces eras un fuera de la ley, pero tus negocios se reducían a operaciones poco peligrosas. Ahora, ese *sir* Thomas, al tomarte a sus órdenes, te embarca en empresas suicidas, desesperadas. Morirás o te capturarán, y yo no podría resistirlo. Tú no estás encanallado. Aún puedes salvarte. ¡Paul, por caridad!

Le acariciaba la cabeza, besándole en los cabellos. El sintió por un momento que se dejaba ganar por la femenina ternura, pero el orgullo le impidió manifestarle. Para evitar ser vencido habló bruscamente:

—¡Déjame! No hay opción, Stella. Pienso seguir haciendo lo que se me antoje. Tú decidirás.

La mujer le miró, con los ojos velados por el llanto. Luego, cogiendo el bolso de sobre el respaldo de la silla, dijo:

—¡Adiós, Paul! Nadie te querrá como yo.

Y, muy despacio, abandonó la habitación. Unos segundos después, un portazo le indicó que estaba solo, terriblemente solo. Se levantó, movido por el impulso de llamarla. Algo se lo impidió ¡Él era un hombre! Con mano nerviosa llenó medio vaso de «*whisky*», bebiéndoselo de una vez, sin mezcla de soda. Un fuego devorador recorrió su garganta. En pie estuvo mirando al vacío, insensible, a todo, al parecer. Después salió de allí, huyendo de los recuerdos, de aquella casa que se le caía encima. ¡Ahora se daba cuenta de que era incapaz de prescindir de Stella! ¡Necio de él que la dejó marchar!

Anduvo como un somnámbulo por la Quinta Avenida, siendo empujado a veces por los peatones, que le miraban con asombro. ¡Su paso era el de un autómata!

Entró en un «drug», tomando otro doble de licor. ¿Cuánto tiempo caminó por las calles? Siempre lo ignoraría. Cuando reaccionó, se hallaba en pleno Harlem, frente a una taberna de sórdido aspecto, en la que penetró, sentándose a una de las mesas.

Olía a sudor, a tabaco, a alcohol. Echó una mirada en derredor suyo. Numerosos negros, sentados en indolentes posturas, bebían o charlaban, con su tono meloso, dulzón. Al fondo, un grupo de ingleses, que buscaban, sin duda, la pincelada de color a su excursión.

Miró su cronómetro. Eran las diez. Necesitaba algo que le distrajera. ¡Actuar! ¿Por qué no?

Fue al teléfono automático, comunicando con el garaje. La voz de Stebbins sonó a través del auricular:

—¿Quién llama?

—Paul. ¿Están ahí los amigos?

—Todos, no. Faltan dos. Sólo nos hallamos Winslow, Fralinger y

yo.

—Somos bastantes para correr una juerguecita. Prepara el coche y lo demás.

—Bien, jefe.

Colgó. Uno de los camareros se acercó a él preguntándole qué deseaba tomar, pero Riley no quería permanecer por más tiempo en aquel tugurio y, dándole un dólar, salió a la calle, sin escuchar la frase agradecida del sirviente.

—«Thanks. Good bye, *sir*»[4].

Paró un «taxi» y el coche...

El potente «Studebaker» avanzaba veloz por la avenida Madison, entre las avenidas Tercera y Cuarta. Dentro iban tres hombres silenciosos. Otro conducía.

—Usad, preferentemente, las bombas de mano. Estamos llegando.

Paul Riley, Winslow y Fralinger se ciñeron unos cinturones conteniendo granadas. Jack Stebbins, desde el coche, los cubriría la retirada si era preciso.

El automóvil paró ante un edificio, iluminado profusamente, a pesar de no ser ya horas de oficina. Un portero galoneado inquirió:

—¿Por quién preguntan?

Riley, con gran serenidad, le respondió:

—Vamos a la sala de proyección. Nos esperan para tomar unos planos.

Los «gángsters» conocían bien la casa y sus instalaciones. *Sir* Thomas Bolt no descuidaba el menor detalle. El ascensor les dejó en el tercer piso. Abrieron audazmente una puerta, donde figuraba en luminoso, la palabra «Silencio», encontrándose separados del estudio únicamente por una amplia cristalera, en cuyo centro había una puerta del mismo material.

Sin moverse presenciaron cómo cuatro grandes cámaras de televisión impresionaban una escena en un decorado que semejava un bosque. Paul sabía que un técnico presenciaba la emisión en cuatro pantallas y, pulsando una palanca, hacía salir por las antenas la más perfecta, fundiendo a veces vistas generales y primeros planos. Comprendió los temores del financiero. La televisión es deportes, teatros, circo y, en suma, cuántos espectáculos

contribuyen a alegrar la vida de los humanos, dentro del hogar, sin necesidad de molestas desplazamientos y sin desembolsos económicos.

Winslow le miró y Riley dio la orden de actuar, destrozando de un fuerte golpe, con la culata de la «*Parabellum*», los dos cristales que aislaban el estudio de todo ruido, y después, dejándose caer al suelo, lanzó una bomba de mano contra la decoración. Los artistas corrieron alocados, huyendo de la muerte, y en ese momento, varias granadas más estallaron con horrísono estruendo, precisamente sobre las cámaras tomavistas, que quedaron destrozadas.

Tumbados, para hurtar sus cuerpos a la onda explosiva, los «gángsters» agotaron su provisión de bombas, y luego, con las pistolas firmemente esgrimidas, corrieron hacia la escalera.

Las explosiones habían sembrado la alarma en el edificio, y grupos de hombres y mujeres salían de los despachos a inquirir el origen de las detonaciones, pero la presencia de los tres individuos, que se habían puesto pañuelos hasta los ojos tapándose el rostro, les intimidaba.

Sin tropiezos llegaron al exterior. Jack Stebbins tenía el motor del automóvil en marcha.

—Habéis hecho demasiado ruido —comentó, mientras pisaba a fondo...

—Sí; más todo no ha podido salir mejor. Ahora vamos a repetir el golpe en la Sociedad Televisora, de la calle Octava. Debajo del asiento hay más granadas.

La matrícula fue cambiada antes de salir del garaje. Nadie les perseguía.

Treinta minutos después, dos cámaras eran destrozadas, junto con los servicios técnicos. La pérdida representaba cientos de miles de dólares. Paul Riley no se contentó. Su corazón tal vez buscase la muerte.

—A Cedar Street. Para junto al Clearing House[5].

Winslow sugirió:

—¿No será demasiado, jefe?

—Nadie supondrá audacia semejante. Mañana, el terror cundirá en los servicios de televisión.

Pero esta vez la suerte pareció abandonar a los forajidos, quienes, después de considerables destrozos en la tercera emisora,

viéronse obligados a hacer uso de las armas automáticas contra un automóvil de la Patrulla Volante de la Policía, que les persiguió por Broadway en una alucinante carrera, cuyo fin era la muerte.

Paul, sereno, disparaba desde la ventanilla ráfaga tras ráfaga, mientras Jack Stebbins se internaba por calles menos concurridas, para evitar ser capturados en un embotellamiento del tráfico.

Dos motoristas se unieron a los agentes, pero Winslow los borró del mundo de los vivos.

El «Studebaker» fue dejando atrás a Manhattan. Riley disparó, una vez más, contra el vehículo perseguidor, acertándole en las ruedas delanteras. Con extraordinaria alegría vieron cómo el coche derrapaba, metiéndose contra una de las aceras. Jack Stebbins aminoró la velocidad.

—Vamos a casa —oyó que le decían.

Todos respiraron al oír la orden del «boss». Era mucho desafiar a la muerte.

Riley, con el semblante endurecido por la lucha, recordó de nuevo a Stella. Con voz ronca preguntó:

—¿Lleváis «*whisky*»?

De una de las bolsas laterales del coche, Fralinger sacó una botella, de la que Paul bebió hasta que el alcohol comenzó a abrasarle la garganta.

Y cuando se supieron ya seguros en las habitaciones interiores del garaje de la calle Cincuenta, el «boss» bebió más y más, hasta sentirse embrutecido por el alcohol...

—¿Dónde va, Stella?

La muchacha se detuvo sorprendida, volviendo ligeramente la cabeza. Kid Waring la sonreía.

—Pues... no lo sé. Tenía usted razón al juzgar a su hermano. Es un carácter indomable, que hace lo que se propone, aunque sea pisoteando el corazón de los que le aman.

—Y usted ha terminado con él, ¿verdad?

—Sí. Me temo que para siempre.

Parados los dos jóvenes en la ancha acera de la Quinta Avenida, recibían, insensibles, los empujones de algunos transeúntes. La importante vía de Manhattan, casi exclusivamente comercial hasta llegar a la calle Cincuenta, rebosaba de un público que, finalizada

su diaria tarea, encaminábase hacia su hogar o a cualquiera de los innumerables puntos de diversión.

—Venga conmigo, Stella. Deseo charlar un rato con usted y aquí no hay posibilidad.

La cogió del brazo, para que la riada humana no les separara, llevándola a un cercano aparcamiento de vehículos, donde aguardaba el «Ford» del muchacho, y en el que se dirigieron a Central Park, en el que penetraron por la puerta que conduce a la Sexta Avenida y donde se alza la estatua de Thorwaldsen, erigida en 1894 por los dinamarqueses residentes en Nueva York. Durante todo el trayecto, la joven permaneció muda, absorta en sus ideas. Dentro de su pecho sentía un dolor inmenso, como si algo acabara de desgarrarse en él.

Kid paró el automóvil, ayudándola a descender.

—Lleguemos hasta el borde del lago, junto el bosque. Lo que tengo que decirle es difícil, pero necesario.

Caminaron en silencio. El joven Waring que desde el primer momento profesó simpatía a la muchacha, fue ordenando sus ideas. Luego mientras se sentaban en un rústico banco, comenzó:

—¿Qué piensas hacer ahora?

Ella se encogió de hombros con marcada indiferencia:

—Pues... trabajar. Carezco de medios de fortuna.

—Usted me dijo que iba a ser madre...

—Sí.

—¿A qué piensa dedicarse?

—¡Qué sé yo!

Por la descorazonada respuesta, Kid comprendió que la joven hallábase en un difícil momento psíquico y decidió ayudarla:

—Véngase conmigo a casa. Allí no le faltará de nada y será útil.

Stella le miró con asombro, para responder:

—La... amiga de Riley no es merecedora de cobijarse bajo ese techo. Además, su padre...

—Mi padre la admitiría. Supongo que Paul le habrá hablado de él pintándole como un ser sin corazón. Se equivocan todos los que así le juzgan. El juez Waring, como todo el mundo le conoce, es bueno y necesita de cariños sinceros. Le espanta la soledad y por eso se casó. Lo vi bien, aunque adoraba a mi madre. Él tiene derecho a procurarse un mínimo de felicidad. Yo me fui a una

academia de Virginia, a seguir mi vocación. Mi hermano abandonó el hogar. Papá estaba terriblemente solo. Ahora, Elena alegra sus horas y sus días. Es una mujer encantadora, que la querrá nada más verla. No piense solamente en usted, sino también en su hijo, que será, naturalmente, mi sobrino. Lleva usted en sus entrañas algo que, aunque no quiera, la une con mi familia.

—¿Ha meditado en lo que pensará su padre?

—Él es quien me encarga le haga la proposición. Estábamos enterados de sus relaciones con mi hermano. Luego me dijo que iba a tener una criatura. Le telefoneé y me pidió que la hablara así. Stella, no arruine su vida. Si la quiere, volverá a buscarla, y gozoso de que esté entre los suyos, en un ambiente honrado y, familiar...

Había sinceridad en la voz de Kid. La muchacha, mirándole con simpatía, respondió:

—Acepto y le doy las gracias.

El rostro del joven resplandeció de alegría. Comentó, optimista, confiado:

—Lo celebro, Stella. ¿Quiere que nos tratemos de tú? —Cómo la interpelada asintiera con el gesto continuó—: Te diré el procedimiento para reconquistar ese cariño. Sabes los sitios que frecuenta. Pues bien: no te quedarás en casa, sino que irás a mi lado, haciéndole comprender que puede perderte, reavivando la herida de su corazón. Quiero que seas para mí como una hermana. Desde el primer momento comprendí que eras una buena chica enamorada. ¡Y muy bonita, desde luego!

Kid rió de la cara de asombro de Stella, apresurándose a aclarar:

—No, no es que vaya a hacerte el amor. Papá y yo conocemos tu historia. Al saber que vivías con él nos procuramos una información, que nos satisfizo. Recuerdo que nos dijimos: «Es posible que esa muchacha le salve». Y aún confiamos en ello. Un frente único para librar a mi hermano de la muerte o la deshonra.

La simpatía del joven era extraordinaria. Stella reparó por vez primera en su cuerpo de atleta y en cómo, tras su carácter aparentemente jovial, se ocultaba una firmeza de hierro, una personalidad íntegra y decidida. Contestó:

—No podías proponerme nada más a mi gusto. Por Paul daría hasta la última gota de sangre. Es bueno, valiente, generoso...

—Pero muy testarudo. En eso sale a la familia, no creas. ¿Nos

vamos? Ya es de noche y el viejo acostumbra cenar a estas horas.

Subieron al «Ford». Ella sacó de su bolso una elegante pitillera, de la que extrajo dos cigarrillos que encendió conjuntamente en sus labios, para poner uno en la boca de Kid. Luego, mientras el vehículo se deslizaba por las amplias avenidas, habló:

—Tan maravilloso es todo, que parece el principio de un cuento de hadas.

—La vida es bella —replicó Kid—, y más lo sería aún si pusiéramos buena fe en procurar la dicha de los demás. El mundo se convulsiona en un caos de maldad y de ambición.

Guardaron silencio, hundiéndose en sus propios pensamientos. Al fin, el coche paró en la avenida Segunda, ante un lujoso hotelito de dos plantas.

—Hemos llegado.

Con mano experta, Kid introdujo el automóvil por un estrecho paseo, ya en el interior del jardín, que comunicaba con el garaje. Un viejo criado, el mismo que les abrió la verja de entrada al oír el «claxon», saludó, respetuoso:

—El señor les espera en la biblioteca. Yo encerraré el «Ford».

—Bien, Víctor.

Penetraron por una ancha puerta de cristales, alcanzando un «hall» adornado con esculturas.

—Me da reparo presentarme ante tu padre —dijo ella.

—Lo comprendo. Cuando le conozcas te sentirás más a gusto. Vamos.

Atravesaron varios salones, entrando, al fin, en uno, donde un hombre, de edad madura y de rostro enjuto, se levantó al verles:

—Pasad, hijos, y sentaos.

En uno de los rincones había un tresillo de estilo moderno. Stella, siempre del brazo de Kid, llegó junto al ser que tanto respeto lo producía. Murmuró:

—Gracias, señor. Es usted muy bueno conmigo.

Waring, cogiéndola de una mano, la sentó junto a él, en el amplio diván.

—No, hija. Todos me creen un ogro porque me limito a actuar con justicia, rectamente. Sin embargo, tengo un concepto patriarcal de la vida. Me hubiese gustado crear una gran familia. Es lo único que perdura de los hombres. Riquezas, famas... ¡Bah! Todo lo

cambio por un nieto.

Y el buen padre sonreía, humanizándose. Kid, reparando en el rubor de la muchacha, intervino:

—He tenido que luchar para convencerla, papá. Al fin está entre nosotros.

—Gracias a Dios, hijo. Espero que pronto tu hermano...

La frase incompleta revelaba un dolor sin límites. Stella pensó que si Paul conociera lo que le amaba su padre, no vacilaría en presentarse ante él en demanda de perdón.

El viejo Douglas Waring, incorporándose, habló de nuevo:

—Ven conmigo. Quiero presentarte a Elena, mi esposa. En cuanto a ti, Kid, te han llamado hace unos momentos para que fueras a la avenida de Columbus. No han dejado número, asegurando que ya sabías dónde era.

—Sí. Cenad sin mí. Tomaré cualquier cosa.

El joven abandonó la estancia, dirigiéndose al garaje. Sin duda se trataría de algo importante cuando el inspector Sampson le citaba a hora tan intempestiva...

A la mañana siguiente, los periódicos neoyorkinos publicaban en grandes titulares los atentados de la noche anterior contra las más importantes emisoras de televisión, reafirmando la idea de que el «gansterismo» a la antigua usanza resucitaba.

El inspector Burke Sampson y el agente Kid Waring, luego de pasar toda la noche en la búsqueda infructuosa de los delincuentes, conversaban en el domicilio del primero, saboreando unas tazas de bien cargado café.

—Estoy seguro de que la muerte de Macklyn será castigada cuando apremos a esos hombres. Hoy día están estrechamente vigilados los jefes de «gang» que viven de lo que producen los sindicatos de juego. Hay que investigar por otro sitio. Por fortuna hemos logrado localizar al que detuvimos, y un agente se ha convertido en su sombra. Lo ideal sería conocer la identificación de los malhechores. Espero conseguirlo esta misma noche.

Kid Waring, que le oía en silencio, asintió:

—Desde luego. Más no olvide que necesitamos pruebas de los delitos cometidos. Lo importante sería que ese agente procurara infiltrarse en la banda. Se me ocurre una idea, inspector. Escuche.

Durante cerca de diez minutos, el joven desarrollo su teoría. Al

terminar, Burke Sampson le felicitó:

—Mi enhorabuena. Daré orden para que se haga como acabas de decir.

Winslow, al sentirse seguido, miró con terror en torno suyo. Tomar un «taxi» no le pareció prudente, y sin pensarlo un segundo, se metió en el Museo Metropolitano, convencido de que allí nada podía ocurrirle por ser hora de visita. Ta vez en el dédalo de galerías despistara al que presentía su enemigo.

Simuló pararse ante un busto en piedra representando a Jorge Washington, observando disimuladamente a la puerta. Un sujeto, vestido en un bazar de ropas baratas, penetraba en ese momento dirigiendo indiferentes miradas en torno suyo.

Winslow, maldiciendo, recorrió varias salas, en las que algunos extranjeros charlaban sobre las particularidades de los objetos encerrados en las vitrinas, y al fin, entró en la galería Chipriota, amplia, destinada al arte antiguo, especialmente la escultura No había nadie allí. Con paso rápido se dispuso a atravesarla para, a través de un largo pasillo, llegar a la puerta trasera del museo. De pronto, un individuo salió inesperadamente de detrás de una estatua esgrimiendo una «*browning*».

—¡Quieto! —susurró—. Si haces el menor movimiento te clavo una bala en el corazón. —No te he estado horas siguiendo para permitir que te escabullas. ¡Suelta toda la «pasta» que lleves! ¡Pronto!

Winslow sonrió, aliviado. Se trataba de un atraco vulgar y no de la Policía. Dijo:

—Eres un necio trabajando así. Es muy expuesto y rinde poco. Sólo llevo encima setenta dólares.

—¡Vengan!

El «gángster» sacó, cachazudo, un pequeño fajo de billetes del bolsillo del pantalón, que el otro le arrebató de un manotazo, ordenándole:

—Ahora te estarás quieto durante cinco minutos. Si te veo detrás de mi puedes despedirte de la vida.

—Como quieras, más óyeme —el atracador se había guardado la pistola en el bolsillo exterior de la americana teniéndola asida en su interior con la mano derecha—. Si quieres ganar muchos miles con

poco esfuerzo yo te brindo una oportunidad. Si no te he matado ya es porque me ha sido simpática tu forma de actuar, en pleno día y en un sitio tan frecuentado como el Museo Metropolitano. Mira —se abrió la americana enseñando una monumental «German Luger» en una funda sobaquera—. He podido eliminarte, pero necesitamos hombres que trabajen a nuestro lado.

—¿Un «gang»? —inquirió el atracador.

—Sí, con un jefe inteligente y audaz. La «Poli» fracasa con nosotros. Decídate a venir. Así solo conseguirás ingresar en «Sing-Sing».

Yo pienso hacerme rico en unos meses y después gozar alegremente de la vida.

—¿No será todo una trampa? —vaciló el sujeto.

—No. ¡Mira por qué! —En la mano derecha de Winslow había aparecido, como por arte de magia, la «German Luger», que enfundó después con una sonrisa—. Como verás no pretendo hacerte daño y te regalo ese dinero.

El individuo se decidió:

—En realidad lo mismo da morir hoy que mañana. Lo importante es ganar «pasta»...

Salieron juntos, como dos buenos amigos y ya en el garaje de la calle Cincuenta, las risas corearon las palabras, de Winslow:

—Pretendió robarme, amigos:

Jack Stebbins y Fralinger, que acababan de levantarse, rompieron en una estrepitosa carcajada. El primero insinuó:

—¿Qué pensará el jefe de todo esto?

La respuesta la tuvieron a los pocos minutos. Paul Riley salió de su habitación, con el rostro desencajado por las largas horas de insomnio. Preguntó:

—¿De qué?

Winslow refirió detalladamente su aventura y el «boss», luego de examinar al recién llegado, asintió:

—Está bien. ¿Cómo te llamas?

El interrogado vaciló unos minutos. Luego replicó, sonriendo:

—Pues... verás... Si no os parece mal, John Smith. No comprometo mucho.

Paul Riley cortó su gesto burlón:

—Si intentas traicionarnos o desobedecerme te mataré. Aquí no

hay más autoridad que la mía. Es bueno que lo aprendas.

—No se me olvidará, jefe.

El «boss» salió de la habitación, no sin antes advertir:

—Que nadie se marche sin recibir mis órdenes.

Se encaminó al cuarto de baño. Tenía un espantoso dolor de cabeza. Había bebido demasiado «*whisky*» en su inútil deseo de conciliar el sueño. El agua fría de la ducha le devolvió el dominio de sus nervios y comenzó a vestirse, echando de menos, ¡una vez más! a Stella que todas las mañanas, luego de darle un beso, le preparaba la ropa limpia y bien planchada. Se puso la de la noche anterior, deslucida, sintiendo un vacío inmenso en el corazón. ¡Actuar! He aquí el único sedante que pensaba dar a su alma.

Fuera los «gángsters» bromeaban con el llamado Smith:

—¿Qué te ha parecido el jefe?

—Muy seco. No sé cómo le aguantáis.

—Es el mejor compañero y amigo —se apresuró a decir Stebbins

—. Jamás he conocido a nadie tan generoso como él...



XX

Si es usted un hombre culto y amante de la
emoción, suscríbase a la

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

¡Un éxito más de EDITORIAL ROLLAN!



L Metropolitan Opera House, el gran teatro abierto al público en 1883 y que se encuentra situado en la manzana comprendida entre la Broadway, la Séptima Avenida, la calle Treinta y Nueve y la Cuarenta, rebosaba de la más selecta concurrencia. Diplomáticos, políticos, financieros, militares, altas personalidades de las artes y de la aristocracia de los dólares habíanse dado cita en el gran coliseo en la función-homenaje a los héroes de la segunda guerra mundial. Proyectábanse varios documentales de la campaña, y al final, un grupo de excombatientes mutilados iba a hacer uso de la palabra.

El empresario del Metropolitan cedió gustoso el local, prescindiendo de la representación de por la tarde de la ópera «Rigoletto» por una compañía italiana que estaba obteniendo un grandioso éxito. Los beneficios se destinaban a la creación de un

colegio de huérfanos.

Las ovaciones se sucedían después de cada «film» de corto metraje. Los anfiteatros estaban llenos de antiguos soldados. Se hablaba mucho de un posible conflicto bélico e interesaba crear una atmósfera patriótica, propicia al heroísmo.

Por la pantalla, fueron desfilando escenas de «Guadalcanal»; «Sangre, sudor y lágrimas», y documentales sobre la campaña de Singapur y Borneo. Desde dos palcos plateas las cámaras de televisión retransmitían el espectáculo.

Un automóvil se detuvo en Broadway y de él descendieron cuatro hombres vestidos correctísimamente de etiqueta, que entregaron sus localidades al portero. Ya en el «hall» y despreciando los servicios de los empleados que acudieron solícitos, encendieron unos cigarrillos. Después, Paul Riley dijo a Jack en voz muy baja:

—Buena suerte.

Se dividieron en dos grupos. El «boss» iba acompañado de Fralinger y Stebbins de John Smith. Winslow había quedado fuera, con el motor en marcha.

Paul anduvo por el pasillo de los palcos deteniéndose ante uno. Un acomodador se acercó a él:

—Su entrada, señor.

—Luego se la daré. Deseo terminar antes el cigarro.

El hombre retrocedió respetuoso, manteniéndose a prudente distancia. Fralinger consultó su reloj de pulsera, murmurando:

—Aún faltan dos minutos.

Pasearon, distraídos en apariencia. Al fin, cuando el cronómetro marcaba exactamente las siete y cuarto de la tarde, irrumpieron los «gángsters» en uno de los palcos y, pistola en mano, Fralinger intimó a los operadores de televisión a que lo abandonaran, mientras Paul dejaba caer debajo de las máquinas unos aparatos pequeños, que minuto y medio después harían explosión. Miró frente a sí. Stebbins y Smith estaban cumpliendo fielmente sus órdenes. Ningún espectador había dado cuenta de lo sucedido.

Salieron, llevando delante de sí al personal técnico: tres hombres, que, segundos más tarde, yacían en el suelo privados del conocimiento por certeros culatazos. El acomodador lo miraba todo con ojos de terror. Quiso huir, pero Fralinger disparó, matándole.

—¿Por qué lo hiciste? —le reprochó Paul, colocándose

rápida­mente un pañuelo sobre el rostro.

—Se fijó mucho en nosotros y nos reconocería.

La detonación había sembrado la alarma en el local, más ninguno se atrevió a moverse ante la amenaza de los cuatro enmascarados que esgrimían grandes pistolas. Dos agentes llegaron corriendo de la calle, y desde el automóvil, una ametralladora les cosió a balazos. Winslow disparó alto con la «Thompson» sobre los transeúntes, que se apresuraron a dejar vacía la ancha acera, refugiándose, presos de pánico, en los portales y comercios, rompiendo escaparates y sembrando más el confusionismo.

Mientras tanto, los «gángsters» atravesaron la acera, metiéndose en el coche, que partió veloz, mientras en el Metropolitan sonaban unas grandes explosiones. En la gran sala, pese a los esfuerzos de los hombres por restablecer el orden, las mujeres chillaban, desmayándose, y algunos atropellaban a los que tenían delante, en su deseo de abandonar el local. De los palcos donde estuvo instalada la televisión, surgían llamas, y los acomodadores intentaban sofocarlas ayudándose de los extintores de incendios.

Dentro del «Studebaker» reinaba un absoluto silencio. Winslow, que miraba por el espejo retrovisor, anunció:

—Nadie nos sigue. Somos demasiado rápidos para la torpeza de la Policía.

Torció por varias calles. Riley preguntó a Stebbins:

—¿Hiciste lo que te dije?

—Sí, jefe. Podemos abandonarlo... Dentro no queda nada comprometedor.

A Paul dolíale prescindir del magnífico automóvil, pero era necesario. Lo habían utilizado ya para varios asaltos y sus señas — aunque no la matrícula, cambiada a cada nuevo golpe — las conocían todos los agentes.

—Para aquí —ordenó el «boss», cuando, en un alarde de audacia, enfilaban de nuevo Broadway Avenue. Id saliendo de uno en uno. Nos reuniremos a dormir en el garaje.

Riley anduvo unos metros frente a la Equitable Life Assurance Society, pasando a Cedar Street, en uno de cuyos altos edificios penetró.

—Al piso doce.

El ascensor ascendió veloz y Paul se dirigió a una puerta, en la

que se leía: «*Sir* Thomas Bolt. Abogado», que abrió, decidido. Una señorita salió a recibirle.

—¿Qué desea?

—Ver al señor Bolt. Anuncie a Paul Riley.

La secretaria desapareció, volviendo a los pocos segundos.

—Pase.

El financiero se levantó, para recibir a su visitante.

—Sinceramente, no le esperaba, amigo. Estaba estudiando un nuevo asunto. Siéntese y fume.

Empujó una caja de tabaco conteniendo habanos. Él «boss» encendió uno, comenzando:

—He venido a cobrar mi dinero y a cambiar unas impresiones con usted.

—Como guste. Ya sabe que me tiene a su disposición.

La voz del abogado era meliflua, untuosa. Paul, deseando terminar cuanto antes, comenzó:

—Acabo de asaltar el Metropolitan Opera House. Han muerto dos policías. Usted tiene que...

El «gángster» se interrumpió de pronto. Acababa de oír algo semejante al ruido de una clavija. ¡Ahora se explicaba la actitud de *sir* Thomas! Se incorporó, violento, y, cogiéndole por las solapas de la americana, le acercó el rostro, congestionado por la ira:

—¡Traidor! ¡Te voy a matar por miserable!

Bolt, espantado por el brillo homicida que veía en los ojos de Riley, balbució:

—¿Por qué? Yo no he hecho...

No pudo terminar. Una voz fría, carente de modulaciones, inquirió:

—¿Dónde tiene el aparato?... ¿Dónde?

Había abierto una gruesa navaja, que acercó al cuello del hombre, que temblaba. *Sir* Thomas respondió, preso de pánico:

—En el primer cajón.

Paul le soltó con desprecio, y del lugar dicho por el financiero sacó un pequeño objeto, el último modelo para impresionar cintas magnetofónicas.

—No quería otra cosa sino tenerle en mis manos, para evitar que me pudiera traicionar, Riley. Me es usted muy útil para denunciarle.

El abogado recobraba por segundos su sangre fría. El «gángster»

respondió:

—Pues se le han vuelto las tornas. Ahora mismo va usted a decir en voz alta lo que yo voy a impresionar. Por fortuna conozco estos chismes. A la derecha, graba a la izquierda; así, borra. Escuche: declaro, sin amenaza alguna y para que, en caso de muerte, se evite el condenar a ningún inocente, que soy el único responsable de los sucesos acaecidos en Australia. Además...

Paul fue relatando minucioso todos los asaltos realizados por orden de Thomas Bolt. Cuando terminó dijo:

—Ahora usted.

Torció la clavija, poniendo en marcha el aparato. El financiero, con la voz temblona, sabiendo que si no obedecía le esperaba la muerte, repitió lo más aproximadamente posible lo que Riley dijera. Al terminar sudaba. Paul habló de nuevo:

—Esto le pasa por no comportarse conmigo honradamente. Colocaré esta confesión donde no pueda encontrarla usted y le tendré en mis manos. Ahora págume los cuatro últimos golpes, a cinco mil, como dijo.

El abogado se dirigió a la caja, sacando de ella un buen fajo de billetes, que contó:

—Tenga. Le ofrezco otros veinte mil por esa cinta.

—Venga. En realidad, el día en que me traicione será el último. ¡Ah! Me debe cinco mil más. Lo del Metropolitan Opera House son dos golpes en vez de uno.

—No le entiendo.

—Es bien fácil. Uno el destrozarse la televisión; el otro, el de efecto moral, el del pánico en una velada patriótica. Sé lo encargaron los mismos que los de los cables telegráficos, ¿verdad? Es, más que nada, labor de sabotaje. ¿Por cuenta de quién?

—Es muy listo, Paul —sonrió Thomas Bolt—. Tenga, cinco mil más. Le voy a hablar claro. Un fabricante, que a su vez es el presidente de un «trust» de metales, desea crear un clima psíquico favorable a la idea de que va a desencadenarse en breve una cruenta guerra y de que hay una poderosa organización internacional pretendiendo destruir al pueblo americano. Con esto se iniciará un proceso acelerado de rearme. Sus materiales valdrán millones de dólares. ¿Comprende?

—Sí, y no me gusta el asunto.

—¿Se va a volver ahora un sentimental, Paul? Piense que, en definitiva, este pánico favorecerá a América. Las potencias orientales se están preparando para atacar Europa. Sólo los Estados Unidos han iniciado una estúpida política de desmovilización. Si nosotros les forzamos a reaccionar, haciéndoles que inviertan en efectos bélicos miles de millones, cuando estalle el conflicto, más o menos tarde, no nos cogerán desprevenidos. Mi título inglés es falso. Soy americano y no me avendría a traicionar a mi patria, a venderme a agentes extranjeros. Ahora bien: usted y yo podemos ser millonarios. Son cincuenta mil dólares el próximo golpe, cuyas instrucciones van en ese sobre. El incendio del más importante arsenal de la Marina, en Clinton Avenue.

—Cien mil.

Thomas Bolt vaciló unos minutos para replicar:

—Sea. Pagaré inmediatamente después.

Paul, guardándose los cuarenta y cinco mil dólares recibidos, en billetes grandes, en los bolsillos del pantalón, se puso en pie. El abogado se apresuró a decir:

—No tendrá queja. Desde hoy, que he aprendido a conocerle mejor, le hablaré siempre con sinceridad.

—Eso saldrá usted ganando —fue el seco comentario del «boss».

En su habitación particular del garaje de la calle Cincuenta se efectuó el reparto de dinero, excluyendo los veinte mil dólares recibidos a cambio de la cinta magnetofónica. Todos los hombres, incluyendo a Smith, mostraban su contento por la elevada cifra que les había correspondido; Riley ordenó:

—Hasta mañana a las diez de la noche, que nos reuniremos aquí, tenéis completa libertad. Por la cuenta que os tiene, procurad no meteros en «camorras». Al que por una torpeza ponga en peligro la seguridad de los demás, le asesinaré.

Todos salieron, y Paul, cogiendo uno de los coches del garaje, se dirigió al Waldorf Astoria, liquidando su cuenta y sacando el equipaje. La situación podía empeorar de un momento a otro y necesitaba ponerse a cubierto, tener un refugio que nadie conociese, ni aun sus propios hombres.

Tomó hospedaje en un pequeño hotel de la avenida Montague, en Brooklyn, el barrio más hermoso del distrito y donde abundan

los lugares de diversión. Precisamente allí se encontraba un «*night-club*», al que era asiduo contertulio.

Cambió de ropa de etiqueta, pues la que llevaba puesta tenía numerosas arrugas, y se dispuso a cenar en el «*cabaret*».

Ya en él, tomó una cena fría, pidiendo luego un doble de coñac. Hasta el momento permaneció absorto en sus no muy gratas ideas, sin prestar atención al público que llenaba el local. Algo desconocido le impulsó a levantar la cabeza y mirar en dirección a la pista de baile. Su indignación no tuvo límites. Stella Walden, la mujer a la que él suponía presa de desesperación, dispuesta a reconciliarse con él, danzaba alegremente con un hombre joven. Se levantó con el decidido propósito de organizar un escándalo, pero en ese momento la pareja giró y Paul pudo ver el rostro de Kid.

Pensó huir, pero ello equivaldría a confesarse cobarde. Tomó el licor de un sorbo, pidiendo más al camarero.

Oyóse una salva de aplausos dedicados a la orquesta, y Stella y Kid se sentaron en una mesa no muy distante a la del «gángster». ¿Acaso pretendía su hermano robársela? Se decidió a aclarar la incógnita y, acercándose despacio a los jóvenes, que le miraron sin pestañear siquiera, invitó, con voz ronca:

—¿Quieres bailar conmigo, Stella?

La joven miró interrogante a Kid, que se complacía en llenar muy despacio una copa de champaña, ajeno, al parecer, al diálogo.

—¿Por qué no, Paul? Me alegro de verte.

Mientras danzaban, él tenía sus ojos fijos en los de la mujer, que estaba más hermosa que nunca.

—Me observas como si jamás me hubieses visto.

—Es posible —fue la ronca respuesta—. Tal vez esté descubriendo en ti algo que jamás supe ver.

—Explícate mejor —apremió Stella.

—¿Qué pretendéis mi hermano y tú?

—Nada —contestó tranquilamente la muchacha.

—¿Cómo os encontrasteis? ¿Acaso él te buscaba?

—Sí. A la puerta del Astoria me ofreció su casa, la de tus padres. Vivo con ellos.

Stella había adoptado un tono tan sencillo al dar la respuesta, que desconcertó a Riley, haciéndole enfurecerse:

—Y tú, ¿quién eres para habitar entre los míos? —barbotó él,

indignado.

—Esas mismas palabras les dije, pero no sirvieron. Se empeñó en que el viejo Waring quería verme. Luego... ¡tu padre es bueno, Paul! Se mostró conmigo tan cariñoso, me habló del hijo que, aunque ilegal en su nacimiento, era nieto suyo, y me convenció. Ciertamente, lo estaba deseando, aunque jamás supuse atenciones semejantes. ¡Me hablaste tan mal de él...!

La réplica, de tan sencilla, conmovió íntimamente a Riley, que murmuró:

—El único infame soy yo. Has tenido suerte al dejarme.

—¡No, Paul! —Más que una negación fue un grito—. Aún es tiempo para que la vida y nuestra felicidad continúen unidas hasta la muerte. Sepárate de Thomas Bolt, te lo suplico. Tú tienes dinero guardado. No lo dilapidas, como otros, ni te gusta el juego. Podemos ser dichosos, porque yo...

Se detuvo, no sabiendo si continuar. El apremió:

—¡Sigue!

—Yo te quiero más que nunca. Cada hora que paso lejos de ti es un verdadero tormento.

El tono de la muchacha era apasionado, vehemente. Paul miró a Kid, que, en su mesa, fumaba tranquilo un cigarrillo. ¡Terminarían por vencerle! Bruscamente se separó de la mujer que adoraba, diciéndola:

—¡Vete con ellos, con los buenos! ¡Déjame solo! No quiero volverte a ver.

Había hablado en voz alta, despectivo. Algunas parejas se volvieron. Stella, sola en medio de la pista, regresó a su mesa. Kid, que lo observó todo, estaba un poco más pálido.

—¡Canalla! —dijo—. Ya no es ni un caballero.

La joven no contestó. Viendo que Riley les observaba rompió a reír, nerviosa, deseando mostrarse indiferente al dolor. Kid, con mano que temblaba por la ira, llenó de nuevo las copas de espumoso licor, diciéndola:

—No te aflijas. Nadie sabe dónde está el camino de la dicha.

Stella, no consiguió entender el significado de las enigmáticas palabras. Bebió maquinalmente.

Riley sentía una cólera inmensa. ¡Cuánto habría dado porque el hombre no fuese su hermano! Aun así era posible que... La idea,

inacabada, le llenó de pena. ¡Tan bajo estaba cayendo!

El camarero le sirvió un nuevo doble de coñac y Paul le indicó con el gesto que dejase la botella. Miró en derredor suyo y sus ojos se alegraron. Iba a demostrar a Stella que no le importaba en absoluto. Con paso firme fue a buscar a una mujer que, escandalosamente pintada y vestida, consumía despacio un «highballs», invitándola a acompañarle. Ella accedió gustosa, no sin decir, irónica:

—Ya era hora, Paul. Antes estabas acaparado.

Con un excitante balanceo de su cuerpo de serpiente se levantó, sentándose con el «gángster». Dijo:

—Veo que habéis terminado. ¿Para siempre? No me gusta hacer mal tercero.

—Sí. Lucy, hoy nos vamos a divertir.

La afirmación sonó enronquecida, como si saliera del fondo de un ataúd.

Ella palmoteo, gozosa, pidiendo champaña al camarero, y a partir de ese momento, con la morbosa satisfacción de saberse observada por la que hasta entonces fuera su rival, se dedicó a acariciar al hombre, bailando con él, muy apretadas las mejillas. Riley, turbado por el exceso de libaciones, la dejaba hacer, sintiendo que un orgullo inmenso le invadía. ¡A él le sobran mujeres!

Stella, incapaz de contener el sufrimiento, suplicó a Kid:

—Vámonos. Me duele verle caer tan bajo.

Pero el joven no la oía, porque, segundos antes, se levantó, dirigiéndose al encuentro de su hermano. Al llegar junto a él invitó a Lucy:

—¿Baila, señorita?

Paul se irguió amenazador:

—No. Ya puedes marcharte.

—Aún no ha contestado ella y nos conocemos bastante. Tuvimos una interesante conversación en un asunto de drogas. ¿Lo recuerdas, monada?

La mujer había palidecido. Riley gritó.

—¡Vete! Te lo digo por última vez.

Kid Waring, burlón, comentó:

—Pierdes demasiado el dominio de tus nervios. Es una lástima.

Antes eras un hombre sereno. Era la única buena cualidad que te quedaba.

El «gángster» alzó el puño para golpear a su hermano, pero algo tan duro como una tenaza le cogió la muñeca en el aire.

—¡Quieto!... ¡Eres un cobarde!

Le soltó. La mano de Paul fue a la pistolera, y entonces, un golpe brutal en la mandíbula le derribó sin sentido.

—Señores, no ha pasado nada.

Fue hacia Stella, sin hacer caso de los camareros, que se acercaban al lugar del incidente y, cogiéndola del brazo, salió del «*night-club*». La noche era magnífica.

—No te lo perdonaré jamás.

—Es lo mismo. Hace mucho tiempo me hice la idea de que había muerto. ¡Pobre papá!

El gesto del joven Waring se tornó de nuevo casi infantil, desaparecida la tensión anterior. La muchacha no pudo menos que admirarle. Siempre oyó decir a la gente embrutecida del «hampa» que Riley era invencible.

Montaron en el automóvil, que Kid puso en marcha, a poquísima velocidad. Habló:

—Si yo he perdido un hermano y mi padre un hijo, piensa, Stella, que ese hombre va ciego a su perdición. ¡Nada será capaz de contenerle! Resígnate a prescindir de él.

Era cierto, aunque ella le quería por encima de todo. Paul Riley, sin embargo... Su incompleto pensamiento lo encontró reflejado en las palabras de Kid:

—La persona que no pospone el amor propio, que es egoísmo, al auténtico amor, que es sacrificio y entrega, es que no ama. Tú obras rectamente; él, llevado por la soberbia.

El automóvil penetraba en el túnel de Brooklyn, de dos millas de longitud, que comunica a la isla con Manhattan. Con luces fluorescentes, el pasadizo submarino estaba iluminado como si fuese de día. El muchacho continuó:

—De niño, mi padre me dijo unas palabras, que no se me han olvidado todavía. Eran: «En todo aquello en que no intervenga el bien ajeno, no debes hacer o permitir, por cortesía o debilidad, nada que repugne a tu conciencia. Vivir es difícil, sobre todo conservando la línea recta; pero es hermoso decir, al final de cada

jornada: he cumplido con mi deber». Durante mi estancia en América del Sur leí un libro español, que decía, sobre poco más o menos, que las espinas de las rosas simbolizan, pese a la belleza de la flor, que a esta vida no hemos venido sino a cumplir una pasión, con más dolores que gozos. Son hermosas las espinas si se clavan en un corazón que sabe que habrán de trocarse en un hijo; flor de eterna fragancia, carne y sangre del humano amor. ¡Y es cruel hacerle vivir en un estercolero...!

Stella no contestó. En su alma se agigantaban las palabras de Kid Waring, pregoneras de una verdad absoluta, por encima del instinto.

Colección
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
hermana gemela de la arrolladora
Colección F. B. I.
¡Un éxito más de EDITORIAL ROLLAN!

VI



El golpe nos indican debemos darlo a las doce, pero le adelantaremos media hora. No me fío del que me ha facilitado los informes. Winslow y Fralinger inmovilizarán a los centinelas. Procurad no matarlos. Son gente que cumplen con su deber. Luego harán la seña convenida y entraremos Stebbins, Smith y yo. Hay que proceder rápidamente. El coche aguardará en la esquina indicada.

—Bien, jefe. ¿Armas?

—Stebbins y Smith llevarán ametralladoras «Thompson». Los demás, los revólveres. Lo ideal sería no tener que usarlos. Irse preparando. Saldremos dentro de cinco minutos.

Paul Riley quedó solo en la habitación de la calle Cincuenta. Mientras hablaba no podía alejar de su imaginación las palabras de Stella: «Thomas Bolt será tu perdición». Por eso daba el asalto antes

de lo previsto. Se llevó una mano a la barbilla con ira y tristeza. Dolíale en el alma el puñetazo que le propinó su hermano.

Bajó. En el garaje estaban John Smith y Jack Stebbins. El último dijo:

—Han ido ya por el automóvil. No pueden tardar.

Y, efectivamente, a poco apareció un moderno «Cadillac». Winslow, desde el puesto de conductor, dijo:

—¿Le gusta, jefe? Es lo mejor que hemos encontrado.

El vehículo, que penetró en el garaje merced a una hábil maniobra, fue ocupado por los hombres y las armas.

Durante todo el trayecto, ninguno habló una palabra. John Smith lamentaba que el «boss» no le hubiera dado tiempo de comunicar a sus compañeros del

F. B. I.,

la audaz maniobra concebida. Paul, por su parte, sentía una cruel sensación de soledad y un amargo presentimiento. Stella siempre fue para él algo así como su inspiración y le vaticinó lo peor. Los demás «gángsters» experimentaban la inquietud que precede a la aventura, compensada con la idea de la espléndida ganancia.

El «Cadillac» atravesó despacio el puente de Washington, internándose en Brooklyn. Dentro de unos minutos habrían llegado a su destino.

Pasaron despacio por la avenida de Clinton Avenue, delante de la oficina del arsenal de la Marina de los Estados Unidos. Contra lo que el informe indicaba, no había ningún centinela. Sin duda se hallaba en el interior.

Conforme al plan previsto, Winslow y Fralinger se apearon. De vez en vez paseaban por la calle algunos transeúntes, pocos, porque a tal hora se hallaban todos en sus casas o en los lugares de diversión.

Riley y sus compañeros les vieron desaparecer, y después, un hombre salió al exterior, encendiendo una cerilla. La primera parte del plan había tenido éxito.

Penetraron en el edificio. Fralinger salió a su encuentro:

—Sin novedad, jefe. Los dos vigilantes están atados y amordazados.

—Bien; de todas formas, tengamos precaución. Puede haber más en los almacenes.

Pasaron a través de un largo pasillo, alcanzando una nave amplísima, llena de fardos y de utillaje de la marina. Por fortuna hacía mucho tiempo que trasladaron de allí los proyectiles y la pólvora, dejando solo material de transmisiones, uniformes y aparatos de precisión. Como *sir* Thomas le indicara, no faltaban tampoco los barriles de petróleo, uno de los cuales derribaron, haciendo que el líquido regase el suelo, hasta casi la oficina. Desde allí penetraron en el otro ala del edificio, repitiendo la operación. Y entonces, maravillándose de lo sencillo del plan, Riley prendió fuego al combustible de las dos galerías, que se convirtieron en pocos segundos en inmensas hogueras.

—¡Fuera! —Mandó el «boss».

Winslow y Fralinger, que salieron en primer lugar, fueron cosidos a balazos por unos hombres que esperaban parapetados en los quicios de las casas vecinas. La emboscada era perfecta.

Desde un altavoz, sin duda de un coche de Policía, alguien gritó:

—Salid con los brazos en alto. Estáis rodeados.

La respuesta fue una ráfaga de ametralladora de Stebbins, que consultó a Paul.

—¿Qué hacemos?

—Obedecer —dijeron a su espalda.

Los «gángsters» se volvieron, viendo a John Smith que les apuntaba decidido.

—¡Ah traidor! —rugió Riley, descompuesto.

Y simulando que alzaba las manos, esgrimió la «*Parabellum*» con increíble velocidad, clavando un proyectil en el corazón del agente, que no llegó a apretar el gatillo.

—Vamos arriba, Jack. Tenemos que salvarnos.

Mientras ascendían por la escalera metálica a los pisos superiores, escuchaban el crepitar de las llamas, y oleadas de humo comenzaban a cegarles. Se oyó una fuerte detonación, que conmovió hasta los cimientos del inmueble, derribando a los dos «gángsters». Sin duda había explotado el resto de los barriles de petróleo. Fuera, los agentes de la ley, la ignominiosa muerte en la silla eléctrica; dentro, un infierno de llamas.

Paul y Stebbins se incorporaron. Estaban en el piso superior. Sintieron voces abajo. Sin duda, algunos policías estaban sacando a los centinelas. Luego atronó el distrito la campana de los coches de

bomberos, que acudían con la máxima celeridad.

Por una pequeña claraboya salieron al tejado. Las dos grandes naves extendíanse junto a ellos, a ambos lados del pabellón central de los almacenes.

—Mira, Jack: es posible que las llamas derriben ese techo de un momento a otro, pero por él podemos llegar al «Cadillac», que está parado allí. Si se hunde el tejado caeremos para siempre. No hay otra solución.

Y sin aguardar respuesta saltó donde indicaba, agazapándose. Stebbins le imitó. Las tejas abrasaban.

Reptando por la techumbre en declive avanzaron unos metros. Frente a ellos se alzó una llamarada, cegándoles. Retrocedieron. La muerte les comenzaba a abrazar. ¡Estaban sobre un sepulcro hirviente!

Al fin, medio asfixiados por el humo que se filtraba a través de las tejas, sintiendo crepitar las maderas bajo sus pies, llegaron al lugar propuesto, precisamente sobre el automóvil. Miraron en todas direcciones. Los esfuerzos de la Policía se concentraban en el edificio principal, único donde la vida resultaba posible aún.

La altura era grande, pero no había otra opción que saltar, y así lo hizo Paul, flexionando las piernas para amortiguar el golpe. No obstante, cayó al suelo, hiriéndose en las manos. Oyó a su izquierda un quejido ahogado. Abrió la portezuela del vehículo. Jack le siguió. Puso en marcha el motor, pisando a fondo el acelerador. Alguien dio el alto al «Cadillac». Riley no obedeció, y el uniformado policía tuvo que saltar para no morir atropellado. Pocos segundos después, las sirenas de los coches de patrulla entonaban su canción aguda.

—Me duele demasiado el tobillo, jefe.

Paul no contestó, atento a la conducción del coche por calles no muy anchas. A través del espejo retrovisor se veían las siluetas de dos automóviles de la Policía. Stebbins, que había encontrado una ametralladora en el vehículo, dejada allí de reserva, rompió el cristal trasero, disparando una ráfaga contra los neumáticos del más próximo de sus seguidores. La puntería del «gángster» era extraordinaria y el coche derrapó, dando dos vueltas de campana y obstruyendo el paso.

A más de ochenta millas por hora, Paul continuó la huida

durante varios minutos y luego, parando, ordenó:

—¡Fuera! Haz todo lo posible por correr.

Jack, sintiendo que la pierna le ardía de dolores, obedeció, y los dos hombres entraron, por una puerta pequeña, en la trastienda de una taberna de sórdido aspecto, cuyo dueño era conocido de Paul. Abrió una mampara de cristales, que comunicaba con el mostrador, haciendo una seña a un hombre, que, en mangas de camisa, despachaba a un público compuesto, en su mayoría, por descargadores de muelles y mujeres fáciles. El local estaba situado junto a la bahía Gowanus.

—¿Qué te ocurre?

—Nos ha seguido la «bofia». Necesitamos lavarnos las manos y la cara y servirnos del botiquín.

—Enseguida. Subid al piso. Os mandaré dos chicas, por si registran. Ellas dirán que llevan muchas horas con vosotros.

Ascendieron por una escalera de hierro en forma de caracol, alcanzando un pasillo con varias puertas. Paul abrió una, entrando en un cuarto de una sola cama, con butacones en torno a una mesita de centro. El «boss» sacó de un mueble-bar varias botellas empezadas y copas, en las que escancié licores. Apenas había terminado, cuando aparecieron dos muchachas, en cuyos rostros pintarrajeados se advertían claramente los estigmas del vicio. Una llevaba en la mano un pequeño botiquín.

—¡Hola, monadas! —saludó Riley.

—Disculpad que os dejáramos solos unos momentos, pero el patrón nos llamó —repuso una, con evidente desenfado y dándoles a entender que estaban aleccionadas ya.

—Id bebiendo mientras nosotros nos arreglamos.

Penetraron en el cuarto de baño. Realmente, sólo tenían unos rasguños, que fueron fáciles de curar. El tobillo de Stebbins presentaba una hinchazón no muy grande.

—Se te ha dislocado. No hay rotura.

Riley se lo vendó con habilidad consumada, y luego, quitándose las americanas y aflojándose las corbatas, se reunieron con las chicas, manchándose de «*whisky*» a propio intenso. A los dos minutos reían de las frases ingeniosas de Jack, que, sabiéndose seguro, en una perfecta coartada, recobró su buen humor.

Sin embargo, todas las precauciones fueron inútiles, pues nadie

les molestó...

Cuando Kid Waring entró en la biblioteca donde le aguardaban su padre y Stella Walden no pudo evitar un estremecimiento. ¡Qué gran dolor iba a producir a aquellos seres!

—Creyendo que no venías acabamos de desayunar. Nos has tenido algo preocupados. ¿Mucho trabajo? —dijo cariñosamente el buen juez.

—Sí. Acto de sabotaje contra el arsenal de la Marina.

El joven se sentó con expresión fatigada. Stella intervino:

—Debes acostarte.

—No. Es mi deber hablar primero con vosotros.

Se miraron con inquietud.

—Empieza. Nos tienes sobre ascuas.

El agente del

F. B. I.,

inclinando la cabeza al suelo, habló:

—Anoche, sobre las once, se recibió en la Jefatura de Policía la denuncia de que miembros del «gang» de Paul Riley se disponían a incendiar los almacenes militares de Clinton Avenue. Pasaron aviso a nuestro despacho y nos dispusimos a actuar. Cuando llegamos, ya estaban dentro los malhechores. Nos dimos cuenta porque se alzaban grandes llamaradas. Quisieron salir dos hombres y murieron acribillados a balazos. El resto, perseguidos de cerca por los agentes, subieron hasta el último piso del arsenal. El fuego era espantoso y nos limitamos a aguardar a que se entregaran, después de retirar a un compañero que se logró introducir en el «gang». ¡Le habían asesinado con una «*Parabellum*», famosa en el Laboratorio de Balística!

El juez Waring y Stella escuchaban conteniendo la respiración, tan atentos, que parecían querer adivinar las palabras antes de ser dichas.

—Escaparon pasando por un tejado en llamas. Ahora, los busca la Policía, y la Prensa publica la «foto» del jefe de la banda: Paul Riley para el mundo del crimen, Dan Waring en nuestra familia.

Hubo un silencio denso. La mujer tenía el rostro escondido entre las manos. Kid continuó:

—Antes de venir aquí me he pasado por la oficina particular del

F. B. I.,

presentando mi dimisión. No quiero verme obligado a asesinar a mi hermano, aunque con ello hiciese un bien a la Humanidad.

—Mal hecho, hijo. No debes arruinar tu carrera por ese...

El insulto no llegó a salir de los labios del padre, que, muy pálido, se sobrepuso a la desesperación, en un admirable alarde de voluntad. Stella lloraba silenciosamente. Murmuró entre lágrimas:

—Le avisé que *sir* Thomas Bolt sería su ruina.

Kid saltó de su asiento:

—¡Thomas Bolt! ¿Acaso trabajaba por cuenta suya?

—Sí.

—Pero... ¿no es posible! Ese hombre goza de una reputación maravillosa. ¿Estás segura de lo que dices?

—Le he visto tratar con Paul la voladura de los...

Se detuvo, horrorizada. ¡Estaba vendiendo al único hombre que había amado!

—¡Él...!

Fue un verdadero alarido el del agente especial. ¡Su hermano asesinó también al inspector Macklyn! No preguntó nada a la mujer. No quería obligarla a que delatase al padre de su hijo. Afirmó, rencoroso:

—¡Eliminar a mi hermano es limpiar la tierra del peor de sus hombres! En cuanto a ese abogado...

La amenaza era indudable. En ese momento entró un criado portando una pequeña bandeja:

—Un motorista ha traído esta carta urgente para el señorito.

Kid la abrió nervioso, dejándola caer sobre el brazo del sillón.

—No aceptan mi dimisión y me ordenan presentarme sin falta dentro de una hora. ¡Me alegro! —dijo, levantándose—. Voy a seguir tu lema, padre: «La Justicia por encima de todo».

Pasó a sus habitaciones. Una ducha le devolvió la plena lucidez. Cambióse de ropa, y mientras se hacía el nudo de la corbata, sonaron unos golpes tímidos en la puerta.

—Pase —autorizó. A través del espejo vio entrar a Stella Walden. Comprendió a lo que iba la muchacha, compadeciéndose. ¿Qué quieres?— interrogó, con expresión cariñosa. Como ella no respondiera le alzó la cabeza, cogiéndola por la barbilla. —¿Qué le salve?

—No. Que no seas tú el que le persiga. ¡Sería horrible que os enfrentarais!

—¿Temes por él o por mí?

—Por los dos, Kid. El

F. B. I.,

tiene muchos agentes. No procedas contra tu hermano.

—Me limitaré a detener a *sir* Thomas Bolt. Te lo prometo —el joven Waring calló unos momentos, para preguntar de nuevo, en una brusca transición—: ¿Le amas aún, Stella?

La interpelada le miró con los ojos humedecidos en llanto.

—Creo que sí. Sin embargo...

Había ansiedad en la voz de Kid al apremiar:

—¿Qué?

—Me duele más el dolor vuestro que la idea de que él pierda su vida. Habéis sido tan buenos conmigo, que os quiero tanto como a Paul. Veo en ti lo que hubiera sido tu hermano de no dejarse arrastrar por la soberbia, y a veces, al mirarte, en una transmutación de ideas, me parece que vuestros rostros se funden en uno solo...

—¡Stella!

—No le mates, Kid. Evita el vivir con un amargo remordimiento. Deja que sean los demás. Pero tú no... ¡no! ¡NO!

Cada negación iba acompañada de sollozos. El agente especial, cogiéndola de los hombros, la besó en la frente, con ternura.

—Eres muy buena. Digna de mejor suerte. Antes de que salga, ¿puedes decirme algo en defensa de Paul?

—Sí. Es el que ejecuta los planes de Bolt. El financiero es el auténtico responsable e instigador de todo. Empezó la cosa una mañana que vino a visitar a tu hermano para proponerle un asunto muy sencillo en Australia. Quise disuadirle, pero no lo conseguí. Le vaticiné el fracaso y estuvieron a punto de matarle, en una aventura impresionante. Hasta entonces, tu hermano había limitado a su calidad de accionista del «*dancing-hall*». La Pantera Negra, donde se practicaba el juego. La ambición le cegó. Al saberle un asesino, al leer en los periódicos la historia de la mujer del inspector loca, abrazada al cadáver de su esposo, sentí un gran horror. Luego llegaste tú y él me anunció una nueva serie de crímenes. Le abandoné; No podía resistir el contacto de sus manos. Mientras

bordeó la ley, en asuntos sucios, el amor pudo más que todo. Si alguna vez mató entonces, lo hizo en defensa propia. Me consta. Era noble y valiente...

No pudo seguir. Se arrojó llorando en los brazos de Kid, presa de una crisis nerviosa, repitiendo:

—No le mates...

El joven la acarició, sintiendo que en su corazón desbordaba la ternura. Habló muy dulcemente:

—Cálmate, Stella. La vida aún puede empezar para ti, para nosotros. Te prometo que no le perseguiré.

Pasaron aún varios minutos, hasta que la muchacha se serenó. Luego, sonriendo entre lágrimas, anunció:

—Venía a decirte también que te espera el desayuno.

Salieron los dos juntos de la alcoba. Kid Waring que la llevaba sujeta por la cintura, sintió deseos de atraerla contra sí y besar aquellos rojos labios surcados de lágrimas, pero se contuvo. No. Era monstruoso lo que pasaba por su imaginación...

—¡Maldita sea el traidor! —rugió Paul Riley.

—¿Te refieres a John Smith? —inquirió Jack.

—No. A Thomas Bolt. He pensado que Smith no pudo comunicar con nadie nuestro asalto, porque no se separó de nosotros y lo anuncié unos minutos antes de salir. Esto ha sido obra de ese abogado. Ahora no podemos movernos de la habitación ni regresar al hotel. Menos mal que confío en el dueño de este tugurio.

—De todas formas —insinuó Stebbins—, debíamos marchar de Nueva York. Puede denunciarnos cualquiera de las chicas que estuvo anoche. No sería difícil. Yo conozco a un piloto de los «ataúdes flotantes» que va, dos veces por semana, a Puerto Rico, llevando mercancía y trayendo negros. Quizá acceda a qué nos camuflamos entre los fardos.

—Es una buena idea. Ponte en comunicación desde abajo con él. En su momento ajustaremos las cuentas a ese Thomas.

Solo, volvió a obsesionarle el recuerdo y, la frase de Stella: «Será tu perdición». Aplastó, nervioso, el cigarrillo contra el cenicero repleto y encendió otro con mano nerviosa. Su rostro en los periódicos. Pensó en su padre. Por severo que hubiese sido, no se merecía tal deshonra.

Paseó agitado por la habitación. ¿Iban a acometerle ahora los

remordimientos? Evocó al hijo no nacido, a la mujer que tanto le quiso y su desasosiego aumentó. ¡No podía quedarse en Nueva York! Era un desterrado de su familia, de su amor, de su patria...

Por fortuna, interrumpió sus reflexiones la llegada de Stebbins, que, alborozado, empezó:

—¡Tenemos suerte, «boss»! Esta noche sale un trimotor del aeródromo de La Guardia. Le he ofrecido quinientos dólares si me lleva a mí y a un amigo. No sabe a quién. Desde Puerto Rico, si lo creemos necesario, podemos pasar a cualquiera de las islas del Caribe, fuera de la jurisdicción del

F. B. I.

—Lo difícil será entrar en el aeropuerto. La Policía vigilará todas las salidas del Estado —objetó Paul.

—También está resuelto. A las once y media saltaremos sobre un camión en marcha, que pasará por la Octava Avenida. Nos camuflaremos allí y luego nos introduciremos en el aparato. Mi amigo nos tapará con unas lonas y él personalmente se encargará de meter los primeros bultos haciendo una barricada en torno nuestro.

—Bien, Jack. Siempre dije que valías tanto como yo. Aguardaremos a la noche, pero antes, desde una cabina pública, intentaremos ponernos en comunicación con...

—¿Sir Thomas Bolt? —Como del otro lado de la línea le respondieran algo, agregó—: Hemos llamado primero a su oficina, y como no estaba, lo hacemos a su domicilio... Bien... Gracias... —Riley colgó—. El mayordomo dice que salió fuera, ignorando dónde. Nos recomendaba que llamáramos a su despacho, por si se había pasado por allí antes de partir. Ha huido. Teme a nuestra venganza, primero, y después, a que si nos cogen con vida, le denunciemos. ¡Cobarde!

Escupió el insulto como si le pudiera oír. Stebbins, mirando su cronómetro, advirtió:

—Faltan veinte minutos. El sitio ha sido bien elegido. Esta zona de fábricas se encuentra siempre solitaria.

Con los sombreros calados hasta los ojos saliesen del bar desde donde telefonearon, paseando, en apariencia distraídos, por la amplia avenida. El tiempo era insoportablemente largo. Jack rogó:

—Parémonos aquí, Paul. Mi tobillo se resiente demasiado.

Quietos, encendieron un cigarrillo, que fumaron con los nervios en tensión. Unos enamorados pasaron muy próximos a ellos, ignorándoles. Un motorista de tráfico cruzó despacio.

—Tardan —murmuró, impaciente, Riley.

—¡Ahí viene! —replicó Stebbins—. Quedamos en que sólo llevaría encendido uno de los faros.

Salieron a la calzada, luego de mirar en distintas direcciones. El camión iba despacio, por lo que no les fue difícil encaramarse en la caja, escondiéndose entre los numerosos bultos. La primera parte del plan había salido con suma perfección...

VII



ESPUÉS que en el despacho de *sir* Thomas le indicaron que ignoraban el lugar dónde partiera de viaje, Kid Waring no vaciló. Desde la inmediata Jefatura de Policía solicitó telefónicamente listas de viajeros a las compañías aéreas y de navegación. En una de las primeras le dijeron: «Señor Bolt, a Puerto Rico». Ya tenía la pista. Sin duda, el financiero se creyó seguro, puesto que toda la campaña de Prensa seguía desatándose contra el «gángster». Tal vez huyera de la amenaza de Paul únicamente ignorando la persecución de la ley.

Solicitó al aeropuerto una plaza en el primer avión que tocase en San Juan, consiguiéndolo para el siguiente día. Como no se resignaba a permanecer inactivo, se dirigió en busca del inspector Burke Sampson para informarse del curso de las investigaciones.

—No hemos adelantado gran cosa. Los dos muertos son elementos peligrosísimos en el mundo del hampa. Ninguno de los dos valen la vida del agente Albert Pollinger, asesinado por esa misteriosa «*Parabellum*».

Kid informó de sus descubrimientos, sin omitir la historia de Stella Walden. El inspector le escuchaba en silencio.

—Triste asunto —comentó—. ¿Quiere que le acompañe alguien a Puerto Rico?

—No. La misión espero que carezca de riesgo. Ese abogado no supondrá que es seguido... No es hombre de acción.

Pronto, la realidad llegó a demostrarle a Kid Waring cuán equivocados eran sus pensamientos.

Apenas puso pie en el aeropuerto de San Juan oyó cómo los empleados comentaban el incendio de tres hangares que contenían los bombarderos

«B-36»

y la muerte de los centinelas que los vigilaban[6]. Mostró su identidad al director de la base aérea, pidiéndole detalles sobre el suceso. Éste se limitó a decir:

—El hecho ha ocurrido en el otro extremo de la isla, en Guayama, donde se encuentra una de las dieciséis bases militares que los Estados Unidos, tienen distribuidas en los puntos estratégicos para el ataque y la defensa. Se ha recabado el apoyo del F. B. I.,

a Washington. Celebro que haya usted venido, para acelerar las investigaciones. Pondré un coche a su disposición. ¿Desea conducirlo o le proporciono también un hombre?

—No; prefiero llevarlo yo. Me trasladaré inmediatamente a Guayama.

Mientras tenía lugar el diálogo, un sujeto escuchaba detrás de las enrejadas ventanas de madera. Llevaba un «mono» manchado de grasa. El individuo se dirigió a una cabina telefónica.

Kid Waring fue con el director al garaje, escogiendo un pequeño «Ford» de cuatro plazas, descapotable, y, luego de agradecer cuantas facilidades se le concedían y recabar las oportunas noticias sobre el viaje a realizar, enfiló por una estrecha carretera bordeada de palmeras. Eludió a propio intento la capital, pasando únicamente

por los suburbios, cuyas casas de ladrillo y caliza presentan un aspecto similar, aunque más pobre, que las de la capital de la república insular: Cuba. Por todas partes alzábanse majestuosos árboles, que daban sombra al camino.

Vio chiquillos negros desnudos jugando entre la vegetación, y hombres y mujeres del mismo color, cubierta su carne con la tela imprescindible para tapar determinadas partes de su cuerpo. Uno mordía una fruta, de color caramelo. Ello le recordó que llevaba hambre, y al oír el rasgueo de una guitarra y el insinuante son de unas maracas, detuvo el automóvil, penetrando en una taberna típica del país, rodeada por completo de jardín y cuya edificación consistía en cuatro paredes de juncos enlazados entre, sí y cubiertos de cal, y un techo de hojarasca. Al fondo, un mostrador sobre la tierra y varias sillas y mesas. En un rincón, un negro consumía grandes tragos de aguardiente. A la izquierda, dos hombres, tendidos en el suelo, tocaban una danza típica de la raza jíbara.

Pidió de comer, sentándose en uno de los rincones, y le llevaron unos trozos de carne asada y fruta, todo ello regado por un vino ácido, al que pronto se acostumbraba el paladar.

El agente especial, mientras saciaba el apetito, se dejó ganar del encanto inefable del ambiente, disculpando por vez primera el carácter perezoso de los insulares. En aquel paraíso sólo se sentían deseos de tumbarse a la fresca sombra de una palmera y, quieto, dejarse arrastrar por los recuerdos o las ilusiones. Encendió un cigarrillo, deseando prolongar unos minutos más su estancia allí. Luego, el peligro, tal vez la muerte, le asaltarían.

Evocó a Stella Walden y se dijo que era buena, no pudiendo evitar un estremecimiento.

Levantóse, abonando lo consumido. Después reanudó el camino a gran velocidad. Le urgía llegar cuanto antes a Guayama. La técnica empleada contra los

«F-36»

era la misma que la de los anteriores actos de sabotaje en Nueva York.

Pasaron dos horas largas. El joven, absorto en sus ideas, no conseguía alejar su imaginación de una mujer que no podía ser para él, y, en un deseo vano de huir de sí mismo, pisó más el acelerador. La cinta del camino se estrechaba al aumentar la velocidad del

vehículo. Kid Waring vio a lo lejos que algo se interponía en la carretera. Fue disminuyendo la velocidad, hasta distinguir que era un árbol. Iba a parar, cuando unas ramas se movieron a su derecha.

Con esa maravillosa intuición del peligro que caracteriza a los agentes del

F. B. I.,

dio marcha atrás, internándose luego por la espesura, entre dos grandes palmeras. Lo hizo a tiempo, pues una ráfaga de ametralladora cruzó unos metros delante de él. Los proyectiles zumbaban como diminutos abejorros.

Saltó del «Ford», dejándose caer entre las altas hierbas y, ayudándose con los codos, avanzó unos metros, hasta separarse del coche. En su mano derecha llevaba la inseparable «German Luger», que tantas veces le salvara la vida.

Aguardó en silencio. Necesitaba que el enemigo se descubriera. ¿Cómo se habrían enterado de su llegada a la isla? Se apartó más del vehículo, hasta situarse detrás de unos matojos.

El silencio era absoluto, roto únicamente por el vuelo de los insectos.

Transcurrieron los minutos largos, angustiosos. Kid Waring aguardaba silencioso. Sabía que la lucha era a muerte y sus enemigos tal vez esperasen, como él, una imprudencia para atacar. El agente del

F. B. I.,

con un absoluto dominio de los nervios, no estaba dispuesto a comerla.

En aquel maravilloso escenario, pleno de quietud, se enfrentaban voluntades e inteligencias.

Kid miró por segunda vez su cronómetro. Llevaba tumbado casi veinte minutos. ¿No habrían huido sus agresores al considerarse fracasados en la sorpresa?

Sintió deseos de arrastrarse hasta el borde mismo de la carretera, pero de nuevo se contuvo. Saber esperar es la virtud más admirable.

Oyó un ligero roce a su derecha, muy cerca del «Ford», y apretó fuertemente la culata de su pistola. Dos hombres, que avanzaban cautelosos, llegaron junto al vehículo, examinándole. Luego dirigieron una mirada a su alrededor. Iban armados con pistolas

ametralladoras. Kid Waring se irguió, gritándoles:

—¡Quietos! Si os movéis os mato.

Uno de ellos quiso defenderse, pero una bala se le clavó en la frente, matándole en el acto. El agente especial avanzó unos metros, sin perder de vista al otro individuo, cuyos ojos brillaron de súbito, con una alegría no fingida. Waring se volvió, pero no pudo evitar que alguien saltara sobre su espalda, derribándole.

Kid defendióse del inesperado ataque, echando bruscamente la cabeza para atrás y golpeando con la nuca el rostro de su adversario, que gimió, aflojando la presión de los brazos, momento que aprovechó Kid para, retorciéndose como una serpiente, situarse sobre su agresor, al que pegó, feroz, en la mandíbula. Su enemigo era un hombre fuerte y sus dedos se engarfiaron en la garganta del joven, amenazando ahogarle. El agente atacó con saña al individuo, que tenía debajo, mientras hinchaba el cuello para evitar, en parte, la asfixia. Notó, con gozo, que la presión disminuía, hasta cesar por completo. Y en ese crítico momento, le golpearon fuertemente, haciéndole perder el sentido. Uno de los «gangsters» amartilló la pistola, más otro le contuvo:

—No le mates. Dejemos que sea el jefe quien decida...

En torno al agente había tres hombres cuyos rostros evidenciaban la brutalidad.

—¿Qué hacemos con el coche? —inquirió uno.

—Meterle más adentro, para que no se vea desde el camino.

Realizada la operación, en un «Nash», los agresores y el inconsciente Kid Waring, a quién ataron, luego de arrebatárle la pistola, encamináronse hacia su destino...

Paul Riley y Jack Stebbins deambularon durante todo el día por las calles de San Juan, admirándose de su aspecto, muy distinto a como se lo imaginaron. Grandes avenidas, rebosantes de vegetación; modernos edificios, establecimientos de recreo, automóviles de las más lujosas marcas y grandes hoteles y restaurantes. Los dos hombres, vestidos con trajes de hilo blanco, a la usanza del país, sentíanse seguros lejos de la gran urbe neoyorquina.

Como disponían de dinero, pensaban vivir en la capital de Puerto Rico hasta que las autoridades se olvidasen de ellos. Paul, apenas puso el pie en el aeropuerto de San Juan, dijo a su

compañero:

—Lo único, que me pesa es no haber dado su merecido a Thomas Bolt.

Se hospedaron en un hotel de la avenida de la Libertad, y anochecido, tras de recorrer la ciudad, dispusieron a cenar en el comedor del hotel, cuyas grandes vidrieras abiertas dejaban pasar una leve y caliginosa brisa. Mientras tomaban los entremeses. Jack Stebbins dirigió una mirada al exterior, levantándose rápido y dirigiéndose a la calle, ante el asombro de Riley, que le preguntó cuándo regresó, segundos más tarde:

—¿Qué has visto?

—Por un momento me pareció distinguir a Bolt.

Paul, sonriendo, replicó:

—Va a resultar que estás todavía más sugestionado que yo con ese hombre. Anda, come. Nos tiene demasiado terror para seguirnos. Estará tranquilamente en su casa gozándose de su triunfo sobre nosotros.

Lo hicieron con buen apetito y luego de abonar la cuenta, Riley sugirió:

—¿Te agradaría visitar una típica cafetería de las afueras? Tengo entendido que son verdaderamente curiosas.

—Desde luego. Todo menos aburrirnos.

Detuvieron un «taxi». El conductor sonrió al oír la pretensión de los que supuso turistas y enfiló el coche en la dirección indicada, penetrando por estrechas callejas.

—Nos siguen, Jack, pero no vuelvas la cabeza. Yo vigilaré.

En efecto, un negro automóvil de gran potencia, marchaba a unos cincuenta metros de ellos, sin acortar la distancia.

—Va a resultar que lo de antes no fue una alucinación —dijo Stebbins.

Paul sacó un billete entregándoselo al taxista al tiempo que le decía:

—Aunque nos oiga saltar usted continúe como si tal cosa.

—Bien, señor. Me arrimaré a uno de los lados.

Así lo hizo y los dos hombres, aprovechando una curva pronunciadísima, se dejaron caer, sin sufrir el menor daño. Riley, esgrimiendo la pistola se emboscó detrás de un árbol al tiempo que decía a su compañero:

—Cuando pasen procura colgarte al estribo. Me interesa saber quiénes van dentro.

La idea era arriesgadísima, pero Stebbins no replicó. Confiaba ciegamente en el «boss».

Un minuto después el automóvil negro se perfiló ante ellos, a escasa velocidad, pues la calle era estrecha y aquella vuelta resultaba peligrosa para tomarla deprisa. Paul saltó como un tigre contra el coche perseguidor, introduciendo por la ventanilla su brazo armado con la inseparable «*Parabellum*». Dos hombres, en el asiento posterior, le miraron con asombro. No esperaban audacia semejante. Jack, por su parte, amenazaba al conductor y al que iba junto a él.

—Sigue despacio —ordenó—. Si intentas aumentar la velocidad eres hombre muerto. Después, sin mirar a Paul, interrogó: —¿Dónde paramos, jefe?

—En aquel bosquecillo de la izquierda.

Los hombres, todavía bajo los efectos del inesperado ataque, obedecieron en silencio, dejándose desarmar por Paul, que penetró en marcha en el interior.

—Tengo ganas de charlar un rato con vosotros.

Se habían detenido en el lugar que indicara. Los cuatro individuos fueron saliendo uno detrás de otro. Eran americanos, típicos maleantes.

Pasándose la «*Parabellum*» a la mano izquierda, sacó una «Browning» del bolsillo de la americana. Mandó:

—Tumbarse en la hierba.

Sin replicar, seguros de que la mínima resistencia equivalía a una muerte segura, los sujetos echáronse sin vacilar. Entonces Riley enfundando las armas, habló:

—Cúbrelos, Jack. Voy a tener una conversación con cualquiera de ellos.

—De acuerdo, jefe. Trátelos como se merecen.

Paul cogió a uno de las solapas de la americana acercándosele mucho al rostro. El preso comenzó a sudar ante la mirada fría de aquel hombre.

—¿Quién os manda? Te prevengo que te conviene hablar.

Como el interpelado callara le abofeteó fuertemente, sin soltarle, hasta que comenzó a sangrar por un oído.

—Éste es sólo el principio. ¿Americano?

—De Chicago —respondió tembloroso el individuo.

—¿Por qué nos seguíais? —Nuevo silencio Riley aplastó su puño de hierro contra la boca del miserable, que escupió varios dientes—. ¡Habla!

Esta vez le había cogido de la muñeca, retorciéndosela a la espalda. El torturado gimió y las vértebras crujieron.

—Si hago otro esfuerzo te rompo la clavícula. Y no será sino el principio.

—Suelta... Diré lo que quieras.

—La verdad y pronto.

El sujeto apretándose el brazo a la altura del hombro, empezó entrecortadamente:

—Vinimos por orden de un sujeto de tipo judío que nos adelantó cinco mil dólares. Creo que se llama Blencher. Le acompaña un hombre con aspecto de inglés, el cual nos ordenó que os detuviéramos llevándoos a una casa que hay a ocho millas de Guayama. No sabemos más.

—Mientes. ¿Sois muchos en Puerto Rico? —Le había vuelto a asir de la muñeca.

—¡No me hagas daño! —gritó—. Te diré cuánto sé. Llevamos en la isla cerca de un mes. Somos doce hombres. Seis viven en una gruta de la costa, frente a la isla Culebra. No sé lo que hacen allí. Otros creo que aguardan en la casa que te indiqué. Sé que anoche atacaron el aeródromo militar. Nos pagan bien y actuamos en aquello que se nos ordena. Te aseguro que no sé más.

—¿Quién de vosotros mandaba el coche?

—Yo.

—¿Por qué vinisteis a Puerto Rico? Chicago es buen sitio para ganar dinero.

—Era. Los sindicatos de juego han absorbido todos los negocios, incluso los de protección. Nos negamos a ingresar en esas organizaciones donde se vive casi a sueldo, aunque éste sea grande. Dábamos golpes aislados. Por eso, cuando nos dijeron que en Puerto Rico había un buen asunto nos apresuramos a venir. El hecho de viajar en un hidroavión particular nos convenció de que el nuevo «boss» tenía muchos dólares. No podemos quejarnos.

—Por ahora salváis la vida. ¿Lleváis cuerdas en el coche?

—Sí; debajo del asiento del conductor.

Soltó Paul la muñeca del miserable que se dejó caer con los demás. Luego de advertir a Stebbins que disparara si alguno se movía procedió a atarles sólidamente, metiéndoles como fardos en la parte posterior. Después advirtió:

—Vais a guiarnos hasta esa casa que decíais. Queremos dar un vistazo.

Stebbins pisó el acelerador y emprendieron la marcha por una carretera en la que la luna celebraba su orgia de plata con las palmeras...

Cuando Kid Waring despertó se hallaba tirado en el suelo de una espaciosa habitación donde cuatro hombres fumaban en silencio. Se oía clarísimamente el

tic-tac

de un reloj de pared. Escocíanle terriblemente las muñecas y le atormentaba la sed.

Durante más de quince minutos aguardó simulando hallarse todavía inconsciente, con el deseo de captar alguna palabra que le permitiera identificar a sus agresores. Fracasó —pues sólo cambiaban monosílabos entre sí. Al fin, cansado de la infructuosa espera, simuló despertarse, gimiendo:

—Ya vuelve en sí, jefe.

Un individuo menudo, de rasgos enérgicos, se levantó del sillón que ocupaba, acercándose al agente. De pie ante el preso, como una imagen del terror, dijo:

—Lamento entorpecer su carrera, Kid Waring, pero me veo en la obligación de eliminarle. Si he esperado es porque quiero que sepa a quién debe el morir.

—No le entiendo —respondió el joven intentando ganar tiempo.

—Su hermano Paul Riley nos ha ordenado que le eliminásemos.

El rostro del agente del

F. B. I.,

se contrajo espantosamente. Rugió:

—¡Mentira!

—Me da igual que lo crea o no. Su vida por la nuestra. Pertenece usted a una organización muy peligrosa.

—Que acabará con sus criminales intentos aunque me «liquiden»

a mí —afirmó Kid.

—Quizá, aunque lo dudo. Tomamos todas las precauciones. Amartillé un revólver de grueso calibre.

—¿Quiere algo antes de morir?



¿Quieres algo antes de morir?

Con un admirable dominio de los nervios, Waring replicó:

—Un cigarrillo... si no tiene mucha prisa. De paso darle recuerdos para *sir* Thomas Bolt. Usted, supongo, será su secretario.

—Desde luego. Ya no nos interesa conservar el incógnito. Dentro de un par de días partiremos de aquí rumbo a... —se cortó bruscamente, con maliciosa intención, para ofrecerle un pitillo—. Vea que se le doy encendido.

Samuel Blencher, sonreía cordial. Kid tenía las muñecas desolladas en un desesperado intento de desatarse. Desistió y se dispuso a dar una lección de valor a aquellos miserables.

—Me consta que mi hermano no interviene en nada de esto —empezó—. No me chocaría que les anduviera a ustedes buscando. Hace falta ser muy torpe para no adivinar la traición del asalto al arsenal de la marina.

—No dará con nosotros. Por si acaso el jefe vive muy cerca del aeródromo, en San Juan y revisa las listas de pasajeros y, a veces, hasta a los pasajeros mismos desde la terraza de su casa y valiéndose de unos gemelos de gran alcance. Si antes le mentí fue para sacarle algo sobre el paradero de Riley. Es más peligroso que todo el

F. B. I.

Por eso nos estorbaba. Supongo que andará escondiéndose en Nueva York para no ir a la «silla». En fin, el cigarrillo se está terminando. Lo siento.

—No es ninguna satisfacción morir a manos de un cobarde espía, pero peor será tu fin... ¡te lo aseguro!

Kid Waring escupió el cigarrillo. Luego miró serenamente el cañón del arma que Blencher alzaba despacio hasta la altura de su cabeza. En una ráfaga pasaron por su imaginación los rostros de su padre y Stella. Suspiró profundamente al ver cómo el rostro del judío alemán se contraía. Instintivamente cerró los ojos.

Sonó un disparo.

En un determinado lugar del Caribe una lancha con un farol de aceite en la proa, acercábase a un submarino. Uno de los hombres penetró en el sumergible entregando al comandante un voluminoso sobre, luego de saludarle militarmente.

Sin una palabra un oficial acercó unas copas de «*champagne*», que bebieron, con una ligera inclinación de cabeza, a modo de

brindis.

Después el sujeto volvió a la lancha, tripulada por dos robustos negros. La frágil embarcación navegó hacia tierra. Aquel individuo, muy cerca ya de los acantilados sacó una pistola descargándola a quema ropa sobre los dos remeros, que murieron con el estupor reflejado en el rostro. A continuación arrojó sus cuerpos al mar para que sirvieran de pasto a los numerosos tiburones que merodeaban por aquellos lugares.

Impulsó la barca hacia la costa y una vez en ella de dos certeros golpes de hacha desfondó el bote que, segundos después, se hundía.

Ayudándose de una linterna, el criminal llegó hasta unas peñas donde dos hombres le aguardaban.

—¿Qué tal? —preguntó uno.

—No hubo inconvenientes.

No se atrevieron a preguntarle por los dos portorriqueños que contrataron para aquel servicio. A la luz de unos quinqués de petróleo pudo verse por vez primera el rostro del que acababa de entrar, de marcados rasgos orientales y gesto cruel.

VIII



OS tres «gangsters» creyeron en un principio que la detonación procedía del revólver de Samuel Blencher, pero al verle vacilar y llevarse una mano al pecho comprendieron, aunque tarde, la verdad de lo sucedido. ¡Acababan de matar al judío desde la abierta ventana! Fueron a esgrimir sus armas y tres proyectiles se clavaron en sus cuerpos, precisamente a la altura del corazón.

Kid Waring abrió los ojos, sorprendido por el número de disparos y por no sentir ninguna herida en su cuerpo, viendo cómo por el ventanal saltaba su hermano acompañado de otro individuo. Sin prestarle la menor atención se dirigieron a Blencher que, con los ojos abiertos, jadeaba en el suelo a pocos centímetros del prisionero.

—Capturamos a *sir* Thomas Bolt y cambió su vida por la de este

hombre. Marcha en el hidroavión a Shanghái —dijo Paul.

—Traidor... Siempre lo fue... Y un cobarde.

Riley se incorporó, como si no prestara atención a las palabras del miserable que se moría a pasos agigantados:

—Puedes vengarte confesando algo que le comprometa de un modo decisivo. La Policía carece de pruebas contra él. Te aseguro que me tiene sin cuidado lo que digas.

El herido, al observar la indiferencia del «gángster», habló:

—Escucha. Trabajamos por cuenta de...[7]. Nuestro jefe superior se llama Sergio. Está ahora en la gruta del Caribe, diez millas al oeste de Gua...

Se contrajo espantosamente. Veíase que hacía esfuerzos desesperados para hablar. Kid Waring seguía la escena ansiosamente, pero el espía murió sin pronunciar una sílaba más. Paul Riley, dirigiéndose a su hermano, le desató sin pronunciar palabra. Murmuró:

—Fuera, en un coche y maniatados tienes a cuatro miembros de la organización. Dispón de ellos.

Kid Waring no replicó por el momento. Dijo roncamente:

—Gracias por salvarme la vida. Debiste dejarme morir. Tengo la obligación de detenerte.

—El «gángster» sonrió fríamente:

—Lo olvidé. Nosotros, los desalmados, somos algo más que máquinas ejecutoras de la ley.

Había enfundado la pistola. Jack Stebbins le imitó. Íntimo amigo del «boss», no ignoraba el lazo de parentesco que le unía con el agente del

F. B. I.,

Paul, avisó:

—Ahí te dejamos. Si lo deseas puedes dispararnos por la espalda. Será un buen pago.

Salieron dejando desconcertado a Kid que, por primera vez en su vida, acababa de faltar a su deber. Oyó el rugir de un motor de automóvil y abandonó él también la casa, no sin antes coger su pistola de encima de la mesa.

Vio cuatro hombres tirados en la vegetación tropical y decidió dejarles allí. Intentaría llegar cuanto antes a Guayama para que vinieran a recogerles.

Fue hacia el coche en que le trajeron, poniéndole en marcha. Durante todo el recorrido se apoderó de él una sorda cólera. Su hermano, al salvarle de una muerte segura, le imposibilitaba para actuar. Capturaría a *sir* Thomas Bolt y, sobre todo, al misterioso jefe de la red de espionaje. Animado con esta decisión pisó más a fondo el acelerador. Comenzaba a amanecer...

—Inspecciona bien tus armas, Jack. Es seguro que las vamos a usar mucho.

—Lo creo. Paul. Ya tengo ganas de enfrentarme con ellos.

El vehículo volaba por el angosto camino en el que, a trechos, la hierba crecía cual si quisiera oponerse al paso de la civilización.

Fumaron durante las largas horas de viaje, pasando entre los cafetales y las plantaciones de caña de azúcar y de tabaco donde los obreros negros alzaban la cabeza agitando, a modo de saludo, el ancho sombrero de paja con que se protegían de los rayos del sol.

Llegaron a las afueras de la ciudad donde, abandonando el coche, penetraron. Guayama, por su calidad de puerto que se asoma al Caribe entre las Pequeñas y las Grandes Antillas tiene un aspecto eminente marineró, exceptuando la parte céntrica del país, donde hay algunas avenidas bien trazadas.

Paul Riley se dirigió a una taberna de junto al muelle, a cuya puerta reparaban sus redes un buen grupo de pescadores:

—Buenos días, amigos. Estamos en viaje de turismo y tenemos verdadero interés de recorrer la costa en una motora. ¿Saben ustedes dónde nos la alquilarían?

—Puedo llevarles yo en mi barca de remos.

—No. Necesito una motora. Quiero ir en ella hasta Ponce. Soy oficial de marina, y dejaría un depósito en dólares por el valor de la embarcación para dar las máximas seguridades al que nos la ceda por un par de días.

Un viejecillo que permaneciera en silencio escuchando, se incorporó:

—Si es así no tengo inconveniente. Creo que les gustará lo que puedo ofrecerles. Vengan conmigo.

Cruzaron varias calles estrechas descendiendo por entre unas peñas hasta una pequeña bahía donde se balanceaban varias embarcaciones.

—Suban.

Así lo hicieron Riley y Stebbins. El viejo, con una habilidad extraordinaria, maniobró entre las lanchas y a poco salían a mar abierto. El pequeño motorcillo impulsaba el bote a velocidad media. El marinero hizo varias demostraciones, regresando. Paul y Jack no cambiaron una sola palabra durante el recorrido.

—¿Les gusta? Les llevaré diez dólares por día y la gasolina aparte. Sé que es caro, pero los que se permiten caprichos y viajes es porque pueden pagarlos.

—Así se habla, amigo. Tenga cien dólares de señal. ¿Necesita más?

—No. A ustedes no les sirve de nada y volverán... si es que no se les comen los tiburones. Guárdense de ellos y de los temporales. Son terribles por estas latitudes.

—Gracias por el consejo.

Compraron víveres y cuatro grandes latas de esencia, y dos horas después, la motora, rugiendo rítmicamente, desaparecía de la vista de posibles curiosos.

Bordearan la costa, acercándose a ella muy despacio.

—¿Qué pretendes? —interrogó Jack.

—Encontrar un sitio donde aguardaremos a que se haga de noche. Mira, allí.

Dos grandes peñas formaban una especie de herradura, donde penetraron. Estaban rodeados totalmente de agua.

Comieron con gran apetito y como el sol caía de plano sobre los dos hombres, Stebbins, quitándose la americana y la camisa, anunció:

—Voy a nadar un buen rato.

—No te lo aconsejo. Estos lugares se encuentran llenos de tiburones. No creas que no te imitaría con gusto. Mira cien metros delante de ti.

En efecto. Veíase una gigantesca cola que surcaba despacio las aguas. Jack se estremeció:

—Impone respeto verlos tan cerca. ¿Qué es eso que has metido antes tapado con un trozo de lona?

—Una «Thompson». La cogí en la casa y es posible que la necesitemos. Por la noche bordearemos la costa en busca de esa gruta de que nos han hablado por dos veces. Me interesa cambiar

unas palabras con los que hay dentro.

Pasaron las horas. Para el corazón de un hombre que no estuviese abrumado por tan amargos recuerdos como Paul Riley, aquella maravillosa puesta del sol hubiera sido algo imborrable en su existencia. Jack Stebbins, aunque encanallado por el ambiente en que había vivido, no pudo menos que admirar los hermosas tonalidades de un sol poniente que irisaba las aguas de las más brillantes y extraños coloridos, mezcla de plata y fuego. En un momento el mar de las Antillas pareció arder al imaginario contacto del disco rojizo y luego fue tornándose morado, violeta, gris hasta tomar un tono oscuro. El crepúsculo era llegado.

—Vamos —ordenó secamente el «boss» que, detrás de una roca había permanecido insensible todo lo que fueran sus sombríos pensamientos. Muy despacio penetraron de nuevo en el mar apenas agitado por el leve movimiento de la marea. Cuando cayó la noche, con su cortejo de estrellas que tachonaban el oscuro cielo, Riley puso proa a la costa, bordeándola despacio en busca de alguna señal.

Consultó un mapa a la luz de una linterna de bolsillo. Según sus cálculos dentro de una hora se hallarían en el lugar aproximado, diez millas al oeste de Guayama. Sin embargo, por si hubiesen fallado sus cálculos, con la motora al mínimo de velocidad, escudriñaban las altas rocas. Stebbins, tumbado por completo en el fondo de la lancha fumó un cigarrillo procurando que la pequeña brasa no se viera desde el exterior. Todas las precauciones eran pocas en la lucha a muerte emprendida. Para Jack resultaba terrible el privarse del tabaco, cuando los nervios acusaban una espera emocional. Apagó la punta contra la madera, lanzándola al agua. Se incorporó, sugiriendo:

—Déjame el timón si quieres descansar un rato.

—No. Vigila conmigo. Ponte en la proa no vayamos a tropezar con algún escollo. La luna aún no ha salido.

Pasó el tiempo en la infructuosa búsqueda. Paul comenzaba a desanimarse. Le constaba que, según todos los informes, el refugio tenía que estar a esa altura, en el radio de una milla. Deliberadamente se separaron de la costa, en su deseo de comprobar si durante el retroceso veíase alguna luz. Tampoco les dio resultado.

—Tendremos que repetir mañana a pleno día —dijo desalentado Riley.

Y en ese momento algo puso sus nervios en tensión. Un ruido ronco, que aumentaba en intensidad por instantes, se oyó a lo lejos. Minutos después un hidroavión describía un círculo sobre ellos, descendiendo cada vez más. Paul respiró al verle amarar cerca de la costa sin ser descubiertos y, aprovechando el rugido de los motores en marcha, se dirigió veloz al encuentro del anfibio, parado a unos quinientos metros.

Escudriñaron con extraordinaria atención. A poco una luz se fue acercando. Sin duda se trataba de un bote. Nunca como entonces celebró Riley la previsión de no prescindir de los remos que iban atados en el fondo de la lancha para el caso de una avería en la gasolinera. Los colocó a ambos costados acortando la distancia, a estribor del hidro. Vieron cómo de él descendían varias sombras y el farol se dirigió de nuevo a tierra, seguido esta vez por los dos «gángsters» que observaron cómo desaparecían tras unas peñas.

Bogando muy despacio, sin chapoteos innecesarios, alcanzaron el lugar, de donde partían un a modo de estrecho riachuelo, bordeado de rocas.

Stebbins, que vigilaba atento las intermediaciones, sacó un cuchillo, que nunca le abandonaba, arrojándolo con fuerza a su derecha. La barca se detuvo y Paul, al alzar los ojos, vio cómo un hombre, con atuendo marinero, las manos apretadas en el pecho, rodaba como un fardo hasta caer al agua.

—Nos vimos al mismo tiempo, jefe. Un disparo nos habría puesto en difícil situación.

Mientras hablaba desenfundó la «Thompson» que tomó en sus nervudos brazos. Acababan de llegar a una especie de lago. Frente a ellos abríase una oquedad.

Saltaron en silencio procurando esconder la canoa. Ahora, se explicaba la razón de su fracaso. Aquellos individuos aprovecharon para refugio un capricho de la Naturaleza que les hacía invulnerables.

Escondidos tras unas piedras cambiaron impresiones en voz baja:

—No hay más que esa gruta oscura. Sin duda debe ser profunda, pues no se ve en ella ninguna luz —susurró Jack.

—Entremos. Tira a matar sin contemplaciones —respondió Riley.

Las dos sombras, con el torso inclinado hacia la tierra, penetraron despacio en la cavidad rocosa. Paul iba delante, tanteando el camino. Su prudencia las salvó de una muerte terrible, pues su pie izquierdo sólo encontró el vacío.

Se echó hacia atrás bruscamente y a tientas comprobó que se trataba de una cortadura, que rodearon. El «boss» sintió que un sudor frío le perlaba las sienes.

Doblaron un recodo. La cueva se estrechaba. Fue entonces cuando divisaron a lo lejos un pálido resplandor, que aumentó conforme se aproximaban, así como el ruido de voces. El tono de una de ellas estremeció de alegría a Riley. El pasillo en las rocas torció ligeramente y desde allí pudieron ver, confundidos con las tinieblas, a cinco individuos, uno de ellos Thomas Bolt, que hablaba:

—Creo que estamos de acuerdo, Sergio. Nos sigue el F. B. I.,

pero aun siendo terrible esa organización temo más al jefe del «gang» que realizó los últimos atentados. Es un hombre valiente, capaz de todo por vengar una traición. Mucho me temo que hayan escapado a la trampa que les preparé en San Juan, porque tiempo tuvieron de traerle aquí. Samuel Blencher tenía la obligación de trasladarle a tú presencia desde la casa. Le acompañaba un pistolero de los más peligrosos. A ese di orden de que le liquidasen en el momento de capturarlo.

—¡Sergio!... El nombre resonó en el cerebro de Paul. Tenían a su merced al jefe supremo. —No pudo seguir el hilo de sus ideas porque el financiero hablaba de nuevo:

—Se han cumplido tus órdenes. Conseguí engañarles a todos afirmando que únicamente se trataba de intereses materiales y no políticos. Ahora es el momento de huir. Para eso he traído el hidroavión Si seguimos en Puerto Rico más tarde o más temprano seremos capturados y entonces...

La frase incompleta no necesitaba aclaraciones. Todos tenían las manos tan manchadas de sangre que les aguardaba la silla eléctrica. Respondió una voz, que hablaba el inglés con marcado acento extranjero:

—Ésos eran mis planes. En realidad ya obtuvimos los documentos que necesitábamos sembrando en el pueblo americano una psicosis de guerra. Los periódicos de Nueva York enlazan los atentados de un mes a esta parte llegando a la conclusión de que son realizados por cuenta de alguna potencia rival.

Mientras hablaba volvió levemente la cabeza y Paul y Jack, que escuchaban atentamente pudieron ver un rostro de pómulos salientes y ojos de diabólico brillo. Se incorporó. En su mano derecha llevaba una gran cartera de cuero conteniendo, tal vez, documentos:

—Vámonos. La aventura no ha podido salir mejor —como un hombre se dispusiera a apagar los tres faroles que iluminaban la gruta, le dijo—: No te molestes. Si alguna vez, dentro de doscientos años, descubren nuestro escondite forjarán una leyenda de piratas.

Las palabras eran irónicas, despectivas, hacia el pueblo que acababan de traicionar. Paul dio con el codo a Jack, impulsándole a la acción y los dos surgieron de pronto frente a los espías, apuntándoles con sus armas.

—¡Quietos! Veo que no contaban con nosotros. La conversación no ha hecho sino empezar.

Un disparo de su *«Parabellum»*, terminó con la vida de un hombre que intentaba empuñar un arma. Los demás, atemorizados, retrocedieron.

—Sentarse. Nuestra conversación será interesante. Sobre todo con ese inglés de falso título, delator y miserable.

Thomas Bolt palideció, pero no dio muestras de turbación. Riley continuó hablando:

—Una vez pregunté si trabajábamos a sueldo de alguna potencia extranjera. Se me dijo que no. Aunque fuera de la ley aún queda en mi corazón un resto de honradez para con mi patria. Se me contó una historia lógica sobre un «trust» de acero y lo creí. De no ser así me hubiese abstenido de intervenir. Aún llevo en mi cuerpo dos cicatrices de la pasada guerra. Eso no se lo perdono, Thomas, y ahora ajustaré las cuentas.

Todos permanecían los brazos en alto, mirando sin pestañear la ametralladora que Jack sostenía con firmeza. Paul registró la cartera del llamado Sergio, sacando de ella varios fajos de billetes, que se guardó. Luego inspeccionó unos papeles, comentando:

—Aquí hay bastantes pruebas para condenarlo a muerte. El
F. B. I.,
nos agradecerá el servicio.

Yo también —medió Sergio—. Quédese con esos dólares. No me importa. Le prometo cien mil más si nos suelta. Les llevaremos con nosotros al extranjero dejándoles ricos en el país que quieran.

—No aceptamos. Sólo con su sangre se paga la de mis compañeros muertos.

La voz de Sergio cambió bruscamente de tono transformándose en autoritaria, segura del triunfo:

—Hace mal en desdeñar mi oferta. Hubiese sido mejor para...

Paul se tiró al suelo al sentir un roce a su espalda al tiempo que sonaban dos detonaciones. Vio cómo Stebbins con la muerte reflejada en el semblante sin poder hacer uso de la ametralladora, disparó contra un marinero que había aparecido detrás de ellos, matándole; pero cuando quiso volver el arma hacía *sir* Thomas y los suyos estos le encañonaban.

Soltó la «*Parabellum*». A través de sus largos años de vida fuera de la ley sabía que siempre queda un recurso para salvarse.

—Se han cambiado las tornas, amigo. Ahora morirás, pero de una manera lenta, angustiosa.

Era Sergio el que hablaba poniendo en cada frase un refinamiento típicamente oriental.

—Sé perder. Antes me llevé por delante a siete hombres vuestros, incluyendo a Samuel Blencher a quién visité en la casita de campo.

—Ya le dije, Sergio, que era muy peligroso —intervino Bolt.

—Tú lo has dicho: *Era*. Desde ahora no cuenta. Vámonos.

Salieron, llevándole en medio. A la luz de las linternas la gruta brillaba extrañamente. Al fin llegaron al pequeño lago, donde dejó escondida la canoa.

Le ataron las manos a la espalda con una gruesa cuerda. Luego, enlazándole por la cintura con una maroma le descolgaron hasta que el agua le llegó a la barbilla, sujetando el otro cabo a un peñasco.

—Aquí, aunque pasaran meses, nadie te descubrirá. La marea irá subiendo despacio, lo está haciendo ya. No es un final muy agradable. Cuando el agua llega al labio inferior, al menor

movimiento tragarás del líquido salobre. Entonces alzarás la cabeza, prolongando tu agonía, hasta que eso no baste, y con los ojos abiertos por el espanto y el cuerpo contraído, morirás abogado.

Le habían ligado también los pies. Riley, con un gran desprecio, contestó:

—Esto es propio de cobardes. Mucho más piadoso es una bala.

El llamado Sergio guardó de nuevo los billetes en la cartera y, tomando una lancha que había en la entrada del pequeño canal, junto con sus hombres, se alejó, dejando a Paul sumido en la desesperación. Stebbins había ganado.

Pronto la embarcación salió a mar abierto, dirigiéndose hacia el hidro, en el que no quedaba más que el piloto.

Thomas Bolt, por orden de Sergio, subió el primero, siguiéndole el jefe. Iban a ascender los restantes, cuando una ráfaga de ametralladora resonó en la noche. El financiero, con una «Thompson», había exterminado a quienes les acompañaban, incluso a aquél a quién debían la vida. Traidores hasta el último momento.

—Liquidados, jefe. Cuantos menos testigos queden, mejor.

Los dos rufianes volviéronse en la oscuridad del aparato buscando los asientos, mientras decían al piloto:

—Vámonos de aquí.

Y entonces, las luces del hidroavión se encendieron bruscamente, pudiendo ver a varios hombres, que les apuntaban con revólveres de reglamento. El inspector Burke Sampson habló:

—Ponles las esposas, Kid. A ti te corresponde ese honor.

El agente del

F. B. I.,

obedeció y, reparando en la palidez de los dos detenidos, dijo:

—Si todo lo que os vamos a probar no basta, el asesinato que acabáis de cometer os llevará a la «silla».

—Pero como... —balbució Thomas Bolt.

—Muy sencillo, aunque bastante peligroso —aclaró el joven—. El ruido del motor nos orientó. Enfilamos la canoa de la Policía hasta cerca del aparato, y dos agentes, sin temor a los tiburones, nadando, llegaron silenciosos al hidro, reduciendo al piloto por sorpresa. Después ha sido más fácil esperaros aquí para ir a buscaros. ¡No se puede burlar al

F. B. I.!

El abogado, que minutos antes asesinó fríamente a sus compañeros, temblaba, estremecido ante la idea del castigo. Su jefe, el llamado Sergio, sonreía cínicamente. De pronto dobló la cabeza, al tiempo que por sus labios caía una baba espesa. El inspector del F. B. I.,

enfocó la linterna a la boca, comprendiéndolo todo. Al espía le faltaba uno de los dientes. Explicó:

—En el colmillo postizo guardaba, sin duda, una gran cantidad de veneno. Un movimiento fuerte de la lengua ha bastado. Ahora será difícil identificarle, aunque espero que Bolt nos ayude.

Sir Thomas, que había recobrado el dominio de sí mismo, no respondió. Uno de los agentes propuso:

—Burke, convendría echar una mirada a esa gruta antes de marcharnos. ¿No le parece?

—Desde luego. Iba a ordenarlo ahora mismo.

El abogado se movió inquieto en su asiento. Suponía que Paul habría muerto ya...

Arqueando el cuerpo, Riley consiguió ganar unos milímetros al agua. El suplicio era espantoso. Llevaba un buen rato frotándose las muñecas contra las peñas, sin conseguir otra cosa que producirse heridas, que le escocían terriblemente. Sin embargo, insistió una y otra vez. Era la única puerta de salvación.

Se movió, y el líquido elemento, al agitarse, le penetró en la boca, produciéndole náuseas. Dentro de cinco minutos no existiría ya.

Dominando el terror que comenzaba a invadirle, tornó a martirizar sus brazos en su —hasta el momento— inútil deseo de salvarse. Le asaltó una idea. Si la cuerda que le sujetaba por la cintura cedía, su fin era inmediato. Todo preferible a una muerte lenta.

Tragando mucho agua se deslizó hacia la derecha, en su deseo de encontrar rocas menos redondeadas por la acción constante del mar, y lo consiguió. Frotó nervioso la cuerda, conteniendo la respiración, y al fin consiguió verse libre. Chapoteó en el agua e, izándose a la meseta rocosa, desatóse los pies. Su pistola yacía con la americana, que le quitaron para registrársela a conciencia y

apoderarse de los billetes de Banco. Se la puso. Le constaba que los miserables habíanse marchado, porque oyó una ráfaga de ametralladora. No necesitó pensar mucho para comprender que los jefes habían liquidado a sus secuaces. Era una técnica vieja de espionaje el eliminar por cualquier medio a posibles delatores. Fue a la lancha, pero el ruido de una motora que se aproximaba le hizo retroceder, escondiéndose en la gruta. ¿Volverían a recrearse en su obra?

Desde su escondite vio a su hermano, acompañado de tres hombres más, que cambiaban unas palabras en voz baja, enfocando potentes linternas.

—Vamos para adentro —ordenó el inspector Burke Sampson.

Paul, al retroceder, hizo rodar una piedra, que retumbó en la oquedad, agigantando el sonido.

—¡Cuidado! Hay alguien vivo.

Pero Kid Waring, con un terrible presentimiento, iluminando su camino con el foco de luz, avanzó sólo hasta la última gruta, mientras el inspector le gritaba:

—¡Detente! ¡Vas a la muerte!

El joven lo había comprendido todo en unos segundos. Aquellas ligaduras rotas evidenciaban que el que se ocultaba había sido un prisionero de los espías. Sin duda, Paul, conocedor también del emplazamiento de la guarida.

Llegó hasta el fondo. Paul Riley, iluminado por los faroles de petróleo, le apuntaba con su pistola. Los dos hermanos, frente a frente, se contemplaron unos segundos en silencio.

—Dispara, Dan —dijo el joven, con la mayor de las desesperaciones—. ¿A qué esperas para asesinarme?

Le hablaba usando el nombre que de niños tantas veces utilizó en juegos y pequeñas correrías. El «gángster» replicó sordamente, sin bajar el arma:

—¡Vete!

—Te capturarán. Somos muchos contra ti y estás acorralado en la cueva. Entrégate. No te manches más de sangre en una defensa inútil.

Kid Waring había bajado la mano con la pistola. Paul, pálido, repitió:

—¡Márchate! Resistiré hasta el último minuto —sus miradas se

cruzaron de nuevo. El «boss» continuó—: Es mejor morir así, luchando, que en la «silla» tras un proceso ignominioso.

—El deber me obligará a disparar contra ti. Adiós.

—Espera un momento. Antes de que nos separemos para siempre, Kid, dame un abrazo muy fuerte, el último de nuestra vida. Yo soy el culpable de todo.

Y llevado de una reacción noble del alma, el malhechor estrechó fuertemente a su hermano. Los dos hombres lloraban al separarse.

—Adiós.

Tambaleándose como un beodo, sintiendo que la voz de la sangre gritaba en sus entrañas, llevando aún en sus mejillas el calor de aquel último beso, Waring llegó junto al inspector. Dijo, con la voz enronquecida:

—Es él, Sampson. Se niega a entregarse.

Burke, comprendiendo la tragedia de aquella alma, le ordenó:

—En el hidroavión quedó el agente Pitts. El hará de piloto. Usted entregue a la Policía de Nueva York a ese hombre.

—Gracias, inspector. Cúbrase bien. Tirará a matar.

El agente especial, utilizando la motora de Paul, que dejó abandonada, subió al hidroavión, comunicando las instrucciones a su compañero Pitts. Luego, hundiendo el rostro entre las manos, rompió a llorar como un chiquillo...



IX



NA vez los detenidos en la Jefatura de Policía, donde quedaron a disposición del F. B. I.,

Kid Waring paseó por Central Park, incapaz de dirigirse a su casa, donde habrían de florecer de nuevo el recuerdo y la historia. ¡Si le mataran!... Pensó en ello como en una liberación para todos, incluso para el «gángster», y se horrorizó. Por unos segundos, dentro de la cueva del Caribe, deseó disparar. Le contuvo la idea de que nadie, ni aun por el más sagrado de los deberes, debe romper con sangre una hermandad que de Dios procede.

Su cuerpo, fatigado por las largas horas de vuelo, necesitaba inmediato descanso. Los párpados le dolían de la lectura de los

numerosos documentos comprometedores. Encendió un nuevo cigarrillo. ¿Cuántos llevaba fumados ya? Quebrantado totalmente el sistema nervioso por tan sucesivas emociones, sentíase incapaz de sostener la emocional presencia de su padre y de Stella Walden, que tal vez le aborrecería.

Decidido, se internó entre unos arbustos pequeños y varios macizos de vegetación que le ocultaban a la vista de los que pudiesen deambular por el parque, y a los pocos minutos dormía con un sueño profundo y reparador.

Despertó con el cerebro embotado cuando ya era noche cerrada, y, luego de lavarse la cabeza en una fuente, alisándose el cabello con el peine de bolsillo, se dirigió al encuentro de los suyos, a enfrentarse con una amarga verdad que le acongojaba.

En la Octava Avenida telefoneó a la oficina local del F. B. I.,
inquiriendo noticias de Puerto Rico. La respuesta fue desconcertante:

—No han comunicado nada. Ignoramos lo que sucede allí.

Tomó un «taxi», y, ya en su domicilio, procuró pasar desapercibido.

—¿Y los señores?

—Están en la biblioteca. ¿Desea que les avise?

—No. Bajaré ahora mismo.

Subió de dos en dos las escaleras de mármol hasta penetrar en su habitación. Se duchó, vistiéndose de etiqueta. Mientras descendía al piso inferior iba pensando que la lucha contra los sentimientos es más feroz, más difícil, que todas las que hasta entonces sostuviera.

Al verle entrar, tres personas se incorporaron, con un gesto de alegría: el juez Douglas Waring; Elena, su segunda esposa, y Stella, más pálida que de costumbre.

—Hola, queridos —saludó al entrar—. Supongo que habréis estado muy inquietos por mí.

—Sí, hijo. Aunque admiro tu vocación deseo que la abandones, concediéndome una vejez tranquila —replicó el buen padre.

Elena, sonriendo, le ofreció la mejilla, que él besó, respetuoso. Stella le miraba sin una palabra, con un mudo interrogante en sus pupilas.

Charlaron de cosas triviales, de la parte anecdótica de su viaje a

Puerto Rico, de la indolencia de los hombres de color... Ninguno se atrevía a hacer la pregunta que les obsesionaba.

El criado le llevó un ponche de dos yemas, con abundante coñac, que Kid paladeó despacio. Luego habló:

—He visto dos veces a Dan. La primera me salvó de morir; la segunda...

—¿Qué? —interrogó, ansiosa, la muchacha.

—... fue para despedirnos. Se quedó luchando contra tres agentes del

F. B. I.,

decidido a no entregarse. Yo no quise intervenir en la lucha y vine a Nueva York con dos detenidos y un cadáver. Él era el único que quedaba con vida. Telefoneé a nuestra oficina y se ignoran noticias. Hay dos suposiciones que me horrorizan.

—Dilas —apremió el viejo Waring.

—Cabe la posibilidad de que se desembarace de mis compañeros, matándoles, y huya. La otra podéis imaginárosla...

Hubo un largo silencio, triste, sólo interrumpido por el crepitar de las llamas en la rústica chimenea. El padre suspiró:

—Tenía que llegar...

Entró un sirviente con una tarjeta, que entregó al dueño de la casa. Douglas, sobreponiéndose, la leyó, extrañado:

—¡El secretario de Estado! ¿Qué querrá de mí? Dile que pase.

Se incorporó para recibirle, cosa que hizo casi en la misma puerta, disculpándose:

—Perdone: me ha sorprendido su visita. ¿Quiere que pasemos a mi despacho?

—No, señor Waring. Veo que es su familia y a ella le alegrará de la buena nueva que le traigo.

—Bien; entonces siéntese. Elena, prepara unas copas de licor.

Mientras la esposa cumplimentaba lo pedido, el recién llegado comenzó:

—Mi mensaje es breve. La Cámara ha acordado nombrarle presidente del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, premiando así toda una vida recta en servicio de la patria.

Douglas Waring, sorprendido, no acertó a responder. Luego, tristemente, repuso:

—Gracias. Es un honor demasiado grande para mí. No puedo

aceptar. Me faltan méritos y cualidades para ello. De todos modos, repito mi gratitud. Aunque no ocupe tan alto puesto, sus palabras son la mejor recompensa.

Elena llevó unas copas de jerez español, ofreciéndoselas a los presentes y reservándose una para sí. El secretario de Estado miró el licor, meditando la respuesta. Luego dijo:

—La nación le necesita, juez Waring. El Presidente, personalmente, me ha pedido que le rogase en su nombre que aceptara. No es un mandato, sino una súplica de la patria. Los momentos son difíciles y las deserciones los dificultarán más. Precisamos de usted, porque conocemos su incorruptibilidad. El soborno acecha en las altas esferas. Sabemos de senadores que no resisten a las presiones de determinados organismos particulares. No son palabras, sino realidades:

—Yo no puedo... no debo...

El político le interrumpió:

—Acepte. Si comunico su renuncia al Presidente tengo la seguridad de que él, personalmente, vendrá a verle. Aquí traigo el oficio con su nombramiento. Y ahora, si me lo permiten, quisiera brindar por el nuevo rector del Tribunal Supremo, el juez Douglas Waring.

Todos bebieron. Kid Waring comprendía los escrúpulos de conciencia de su padre. Stella miraba la escena con gran emoción y Elena se enjugó una lágrima. El secretario de Estado, incorporándose, dijo:

—Contamos con usted. ¿Puedo comunicarlo así al Presidente?

—Mi vida está al servicio de mi patria. Doy a usted las gracias por permitirme servirla desde tan alto puesto.

Acompañado del que, desde entonces, era la máxima autoridad de la Justicia, salió el visitante. Kid comentó:

—¡Pobre papá! El recuerdo de su deshonor le hacía renunciar a la máxima ilusión de su existencia.

Douglas Waring entró con la cabeza inclinada, dejándose caer en uno de los sillones, murmurando:

—Ese hijo... ese hijo...

Elena le acarició las mejillas con infinita ternura:

—Vamos, cálmate. No podemos remediarlo. Es superior a nuestra voluntad.

—Dice bien, papá. Yo no puedo resistir en casa la incertidumbre. Voy a la oficina local para inquirir otra vez noticias. Después pasearé. Es horrible la inactividad. ¿Me acompañas, Stella?

—Sí, si no te estorbo. Me sentará bien el aire de la noche.

Los dos jóvenes salieron. Mientras el sirviente sacaba el automóvil del garaje, Kid pregunto:

—¿Muy angustiada?

—Más por vosotros que por él. La vida de Paul, forzosamente, tenía que ser breve. Nadie burla la ley sin caer en sus redes.

Enfilaron por las populosas y frecuentadas avenidas de Manhattan. Al llegar a la de Columbus, el joven rogó a Stella:

—Espérame unos minutos.

Quedó sola la muchacha, y viendo desaparecer por la puerta de entrada al edificio la figura gallarda de aquel hombre, no pudo menos que evocar la escena anterior, sintiéndose fortalecida al saberse, por la bondad, dentro de una familia honrada, digna, algo que siempre ambicionó junto a Riley y que, tarde, se convenció no llegaría jamás.

Pensó en sus padres, en la vida hogareña, en el hijo que iba a nacer. De no haber sido por él, que despertó su conciencia dormida, quizá a estas horas hallaríase cara a la muerte o a la desesperación. La responsabilidad de una nueva vida, algo muy suyo y de la Humanidad, la hizo reaccionar a tiempo.

¡Su hijo! Las dos palabras clavávensela dulcemente en el corazón. Su existencia, hasta entonces sin significado, tenía ahora un valor positivo para esa patria de que oyera hablar al secretario de Estado. Ella le educaría en el amor a la virtud y al sacrificio.

La sorprendió una voz muy cerca:

—Nada. Siguen sin recibir informe alguno.

Tan absorta estaba en sus pensamientos, que no oyó a Kid hasta qué no estuvo junto a ella. Quiso animarle:

—Tal vez dentro de un rato puedan decirte algo.

—Eso espero. ¿Quieres que aguardemos en cualquier «*night-club*»? Te aseguro que nunca como ahora padecí de ansiedad.

—Como quieras.

Muy próximo había un «*cabaret*» nocturno, en el que penetraron, pidiendo una botella de champaña. La música llegaba a los oídos de los jóvenes como algo irreal, lejano. Kid habló muy

espacio, refiriendo su aventura en Puerto Rico, sin omitir el menor detalle. Ella le escuchaba emocionada.

—Ni un instante dejé de pensar en ti.

La muchacha le miró con una extraña sombra en los ojos.

—Tampoco yo, Kid. Te lo aseguro. Y a veces me daba miedo.

—Lo comprendo, Stella. No es sólo su vida la que se destroza, sino la nuestra también. Sería horrible que no le hubiesen matado, capturándole. Le aguarda la silla eléctrica. No hay posible salvación.

Callaron. La joven pidió:

—Dame un cigarrillo. Lo necesito.

Se miraron profundamente, con angustia, comprendiéndose sin palabras.

—Ese hijo nunca deberá conocer el pasado de su padre, Stella. Inventaremos entre todos una piadosa mentira.

—Eres muy bueno, Kid. Sin embargo...

—¿Qué?

—Yo no tengo derecho alguno para seguir viviendo a vuestro lado. Antes accedí para atraer a Paul. Ahora, ya...

—¡Qué dices, criatura! —exclamó él—. ¿Es que te ha tratado alguien mal en casa? —ella negó con el gesto—. ¿Acaso es que yo te inspiro repugnancia por haberme enfrentado con él?

—¡Kid! —replicó ella, vivamente—. Te quiero más que a un hermano. Mi mayor deseo será quedarme con vosotros. Si te sugiero esto es porque las cosas han cambiado y yo...

Inclinó la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas. El agente especial tomó entre las suyas las diminutas manos, acariciándolas.

—Vamos... No seas niña. Bébete esta copa y verás cómo todo pasa.

Ella obedeció, y en el espumoso champaña cayeron dos lágrimas.

—Ven conmigo a telefonear. No quiero dejarte sola.

Los jóvenes atravesaron la pista de baile, alcanzando las cabinas. El camarero se acercó, solícito:

—Si lo desean puedo llevarles el teléfono a la mesa.

—Gracias. Preferimos hacerlo desde aquí.

Kid marcó un número, diciendo a los pocos segundos:

—Aquí Waring. ¿Se sabe algo de Puerto Rico?

—No —contestaron desde el otro lado del hilo—. Hemos telegrafiado a Guayama y esperamos la respuesta.

El agente del

F. B. I.,

mantenía ligeramente separado de su oído el auricular, por lo que Stella oyó perfectamente lo que le decían. Colgó, sonriendo, merced a un supremo esfuerzo de voluntad.

—Nada. Es desesperante.

Burke Sampson y sus dos agentes, parapetados tras unas peñas, disparaban a ciegas por el largo pasillo que comunicaba al final de la gruta, mientras cambiaban impresiones:

—No podemos estar así toda la vida, inspector. Es mejor terminar cuanto antes. Un asalto en masa será eficaz.

—Moriríamos en el intento. Ese hombre tiene que dormir. Hay un procedimiento para que salga: gases lacrimógenos. Vete rápidamente a Guayama y pídelos a las autoridades locales, así como caretas. Si te hablan de traer refuerzos, no los aceptes. No quiero injerencias de la Policía.

—A la orden.

El del

F. B. I.,

en la canoa desde la que descubrieron el hidroavión que condujo a los espías, enfiló por el estrecho brazo de mar, poniendo proa a Guayama. Sampson disparó dos veces, gritando:

—¡Riley!... ¡Riley!... Quiero hacerte una proposición.

Hubo unos segundos de silencio. Al fin, el «gángster» repuso, con voz enronquecida:

—¿Para qué?

—Para que salves la vida —fue la respuesta—. Sal con los brazos en alto y dispondrás de abogados que te defiendan.

—Pierde el tiempo conmigo. No hay tribunal capaz de absolverme. Si quiere detenerme, entren por mí. Tengo víveres y municiones para muchos días.

Así era. No en balde la cueva había servido de refugio a los malhechores.

Hubo una larga tregua. Los del

F. B. I.,

permanecían al acecho, con los sentidos alerta. La oscuridad era absoluta. Tanto el perseguido como los agentes de la ley disparaban únicamente porque supiera el adversario que no estaban dispuestos a dejarse sorprender.

A veces, las balas arrancaban esquirlas a las piedras, que silbaban en todas las direcciones.

Paul Riley, seguro de que un ataque a pecho descubierto por cualquiera de las partes equivalía a un suicidio, esperó. Nunca podrían decir que se entregó como un cobarde.

Solo, entre tinieblas, no moviéndose por temor a orientar a sus enemigos, sintió que la modorra comenzaba a invadirle. Deliberadamente apagó los faroles de petróleo.

Desviándose de la línea de tiro encendió una linterna. A su derecha había varias latas de conservas y dos cántaros de barro con agua. Comió sin apetito, haciendo algunos disparos.

Estaba contento. Morir así era preferible a hacerlo en la «silla», entre la conmiseración y el desprecio generales. Además, había abrazado a su hermano menor, reconciliándose. Y en cuanto a Stella y a su hijo, su padre no les abandonaría. El destino se portaba bien con él, dándole esa tranquilidad en sus últimas horas.

El cronómetro estaba parado en las tres. ¿De la mañana o de la tarde? Lo ignoraba. En el interior de la gruta, en la interminable espera, perdió la moción del tiempo.

Le asaltó una idea, que desechó. Con la ametralladora en la mano intentaría abrirse camino. Eso antes que rendirse. Deseaba que los agentes del

F. B. I.,

se convencieran de que se enfrentaban con un hombre decidido, superior a ellos. Cuando el sueño fuera a vencerle iría gallardamente en busca de la muerte.

Fortalecido por esa decisión, dejó que transcurriera el tiempo, largo, monótono. De vez en vez las detonaciones iluminaban la gruta. Eran ráfagas violáceas, como fuegos fatuos...

Fuera, el inspector Burke Sampson se impacientaba:

—Ese tarda demasiado. En Nueva York aguardarán impacientes nuestro informe.

—Calma, inspector. Va a terminarse pronto. Yo estoy rendido y supongo que le sucederá a él lo mismo. Son más de treinta y seis

horas de espera. Y gracias a que usted descubrió ese pequeño manantial, que nos permite saciar la sed. Sin embargo, siento un gran vacío en el estómago. Espero que Peufield se acuerde de traer, con los gases, unos bocadillos.

Una bala se chafó en la peña que protegía al que acababa de hablar, que agotó el cargador en la respuesta, tirándose rápidamente al suelo.

Y en ese mismo instante hirió sus oídos el lejano mosconeó de un motor. Pocos minutos después desembarcaban, con el agente del F. B. I., dos hombres de paisano:

—No hubo manera de disuadirles, inspector. Son los agentes Black y Tiller, desplazados desde Washington para investigar el incendio del aeródromo militar de Guayama.

Pero la presentación era inútil. Los recién llegados, durante su estancia en la Academia, tuvieron como profesor de prácticas policiales a Burke Sampson.

—¿Traéis las caretas?

—Sí; pero no había más que dos.

—Sobran.

El inspector se colocó una, dándole la otra a Tiller. Luego, metiendo en sus bolsillos varias granadas, los dos hombres se arrastraron unos metros, y desde allí arrojaron los redondos recipientes. Un humo denso se esparció por el aire, y los del F. B. I.,

avanzaron más. Paul Riley, sorprendido, disparó por tres veces a ciegas. Luego sintió un escozor irresistible en los ojos y en la garganta, cayendo al suelo desvanecido. Su resistencia había terminado...

X



la mañana a Kid:

—La ejecución es esta noche.

Su voz era ronca, y sus ojos, enrojecidos, evidenciaban una total falta de descanso.

Lo sorprendió la pregunta que le formuló su hijo, ostensiblemente emotiva:

—¿Vas a ir a verle?

—No lo sé... El muy testarudo ni quiso defenderse.

—No podía, papá. El Laboratorio de Balística ha archivado muchos proyectiles de su «*Parabellum*». Los cargos eran exactos.

Los dos callaron, y el joven salió a la calle, encaminándose maquinalmente hacia la cárcel llamada de «Las Tumbas», por su

OUGLAS Waring dijo por

sombrío aspecto, y que es hoy una de las mejores prisiones modernas, después de haber sido reconstruida en 1898. El estilo egipcio de su arquitectura presta al gran caserón un nuevo atractivo, dentro de su tono gris, majestuoso.

Detuvo el automóvil en Centre Street, frente al Criminal Courts[8], contiguo a la cárcel, y, decidido, penetró en la penitenciaría, preguntando por el director, a quién pidió:

—Quisiera ver diez minutos al recluso Paul Riley.

—No puedo negarle nada, Kid. Además, es muy humano lo que pretende.

Pulsó un timbre, apareciendo un policía uniformado.

—Conduzca al señor a la celda dieciséis.

El muchacho estrechó fuertemente la mano del alto funcionario, manifestándole su gratitud, luego, pasando a través de una serie de rejas que se cerraban a su paso, siempre precedido por el policía, llegó a una puerta de hierro, en cuya parte superior había una mirilla enrejada, por la que se podían vigilar los movimientos de los detenidos. El carcelero hizo una seña a un hombre que paseaba por la galería, rifle al brazo, y que oprimió una palanca en un cuadro de mandos eléctricos. La puerta de la habitación se abrió automáticamente.

Kid Waring contempló unos segundos a su hermano, y, como si la visita careciera de importancia, se sentó a su lado, en el petate, ofreciéndole un cigarrillo.

—¡Hola! Quise verte por si necesitabas algo.

El condenado sonrió, mientras encendía el pitillo.

—Me alegro que vengas. Cuando resta tan poco de vivir, todo sobra, menos el cariño.

Paul Riley hablaba sencillamente, sin jactancia, con una serenidad maravillosa. Inquirió:

—¿Y papá?

—Bien. Llevamos unos días que apenas si cruzamos palabra.

—Lo comprendo.

Hubo un largo silencio entre los dos hermanos. Cada segundo acercaba más a la muerte al «gángster», en cuyos ojos brillaba una sonrisa de paz.

—¿No me preguntas por Stella?

—¿Para qué? Sé que la protegeréis siempre. Oye, Kid, reconoce

tú al niño. Que no sepa cómo he muerto.

Había ansiedad en la voz de Paul. Su hermano le tranquilizó:

—No te preocupes.

El diálogo era sumamente emocional y las frases cortas decían más que todos los discursos.

—La vida es desconcertante, ¿verdad, Kid? En todo el que nace hay siempre una incógnita. Me preocupa el porvenir de mi hijo. Edúcale como si fuera tuyo en el respeto a la Ley y a la Justicia. Sé que lo harás, y ello me permite estar tranquilo. Es raro, pero la idea da ese niño me conforta. Entre todos mis actos innoble hay uno bueno. ¡Quiera Dios que él repare con su cariño todo el mal que os he hecho!

Se abrió la puerta. Los dos hermanos se miraron. En ella aparecieron Douglas Waring y Stella Walden. Paul, muy pálido, se incorporó. Fue el juez el primero en romper un silencio agobiante:

—Me dijo el director que habías venido, Kid. Segundos después de marcharte de casa pensé que la muerte iguala todas las distancias —se volvió al preso, interrogándole—: ¿Valiente?

—Sí, papá. Moriré como un hombre.

Stella se acercó. El acarició sus cabellos con ternura. Comentó:

—Nunca debemos desestimar los presentimientos de la mujer que nos ama. Debí de hacerte caso, pero estaba ciego entonces.

La muchacha, rota su entereza, prorrumpió en sollozos, más enseguida se rehízo, levantando la cabeza. El juez Waring puso su mano derecha sobre el hombro del condenado, y, sin poder contenerse, perdida la fortaleza le abrazó, nervioso, apretándole mucho contra su pecho:

—Hijo... ¡Hijo...!

Kid sintió que por sus mejillas resbalaban gruesas lágrimas. Douglas, vencida la crisis emocional, se separó de Paul, diciéndole:

—Te indultaré, aunque cubra mi nombre de oprobio. Nadie puede hacerlo más que yo. ¡Tú vivirás!

El rostro envejecido expresaba una firme decisión. Riley contestó muy despacio, midiendo cada palabra:

—No podrás hacerlo, a no ser que yo lo solicite. Y estoy dispuesto a morir, papá. No seas niño. Piensa que no he nacido o que los balazos que me dieron en la guerra terminaron conmigo. La historia de mi vida será una buena lección para todos los hijos del

mundo. La desobediencia a los padres, la soberbia y el orgullo acaban siempre en el deshonor o en la muerte. Estoy preparado para el gran viaje con dolor y arrepentimiento. Deja que la justicia se cumpla.

Douglas inclinó la cabeza, incapaz de resistir la mirada serena de aquél a quién amaba más que a su propia vida. Quiso resistirse:

—Yo soy viejo. Tengo poder para salvarte.

—Gracias, papá. Cuando me siente en la «silla», mi último recuerdo será para ti. Soy feliz al haber recuperado vuestro cariño. Y ahora, adiós. Son muy tristes todas las despedidas.

Se abrazaron de nuevo, nerviosos. Luego, con paso lento, salieron de la celda...



Si desea usted leer buenas novelas del Oeste
americano, compre

Selecciones NEVADA

EPÍLOGO

Han pasado los años y la vida ha proseguido su curso. En un jardín de una finca enclavada en Erie, junto al lago del mismo nombre un viejo juega con un niño, que se tambalea al corretear por entre las flores. Una mujer joven, de espléndida hermosura, les contempla sonriente. Otra de más edad cose sentada en una cómoda silla de mimbre.

—Ven, Douglas. Vas a cansar al abuelito.

El niño vuelve la cabeza al oír la voz de la madre y corre a sus brazos. Stella le acaricia, y mientras tanto, la criatura coge entre sus pequeños dedos la labor de Elena, que le pone sobre las rodillas, diciéndole palabras de ternura.

Y en ese momento se oye fuera el «claxon» de un automóvil, entrando, poco después, un hombre apuesto, que besa a sus padres. Luego se detiene frente a la muchacha y, alzándola por los codos, habla:

—Lo he pensado bien, Stella, y he obtenido un permiso de tres meses. Vengo a casarme contigo. ¿Me aceptas?

—Con toda mi alma, Kid.

Los dos jóvenes, olvidándose de quiénes les rodean, se funden en un abrazo de cariño. Cuando se separan, no hay nadie a su alrededor. Los dos viejos se han marchado con la felicidad en el semblante...





Secuestro

DINNY SHARON, detective femenino de la Policía Metropolitana de Nueva York, ha desaparecido...

Secuestro

es el título de la obra que aparecerá próximamente en esta Colección, escrita con la habitual maestría, reconocida en la gran obra LA REDADA, del aplaudido novelista

O. C. TAVIN

El F. B. I. investiga acerca de las actividades de una banda de espías que persigue los codiciados secretos atómicos. Belmont, valeroso agente especial, emprende una persecución azarosa, luchando a muerte.

Secuestro

será otro nuevo éxito de la maravillosa Colección

F. B. I.

NOTAS

[1] Pequeños vaporcitos que transportan viajeros por el East River y el Hudson. < <

[2] Palacio de Correos. < <

[3] En «El coloso de hierro» n.º 29 de esta colección, magnífica novela de Alar Benet, se describe de modo perfecto el gran auge de la criminal industria del juego. (N. del E.). < <

[4] Gracias. Adiós, señor. < <

[5] Cámara de Compensaciones. < <

[6] Los citados

B-36

tienen un radio de acción de

11 200

kilómetros, que son recorridos en treinta horas. < <

[7] El autor omite en el original el nombre del país (N. del E.). < <

[8] Tribunales de lo criminal. Este edificio está unido a la cárcel por un pasadizo. < <